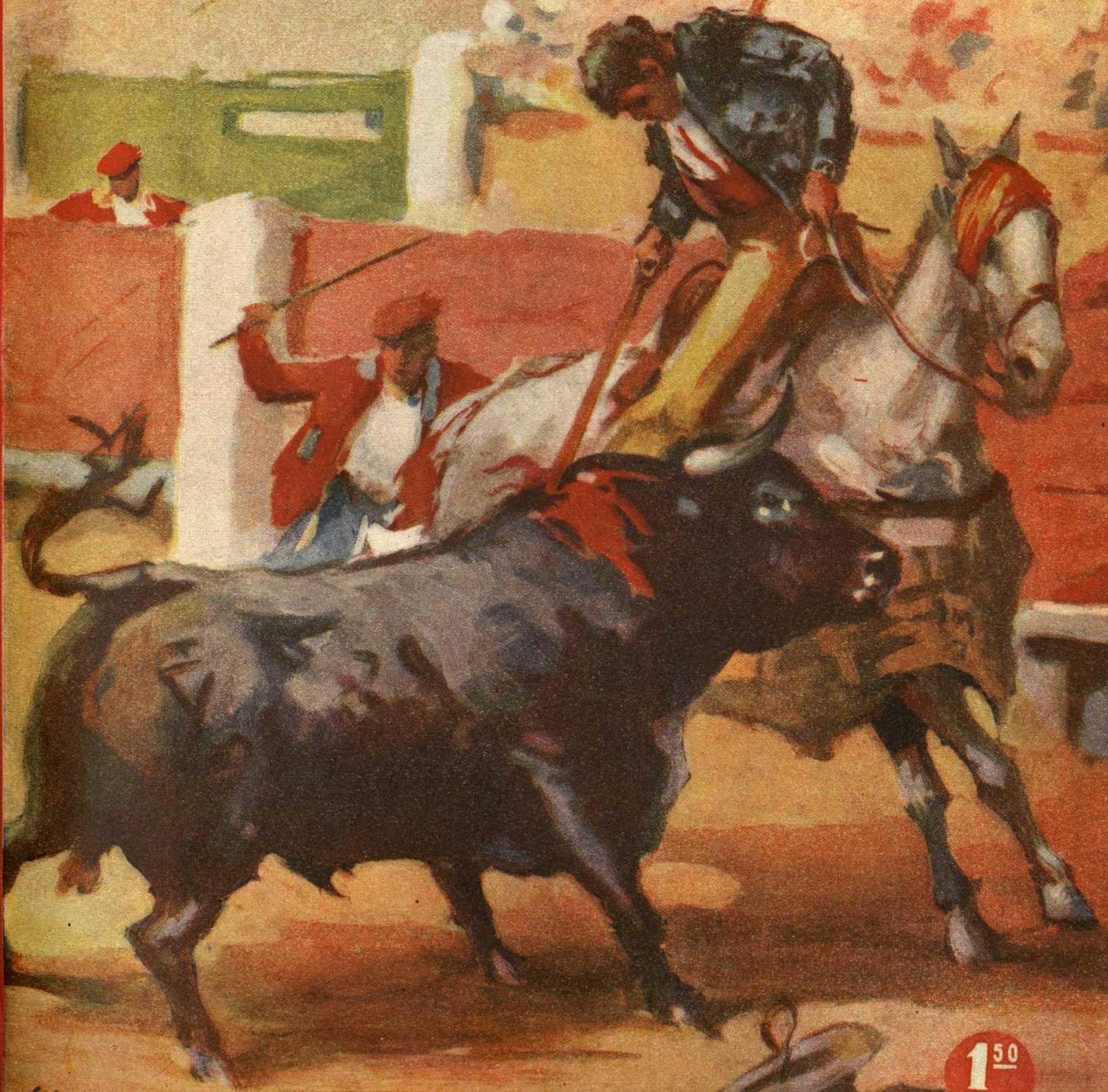


El Ruedo



VAVEDRA

1⁵⁰
Pls



Toro esquivando la pelea
(Dibujo de Perea)

El Domingo



EL DOMINGO EN CASTELLÓN La primera corrida de toros de la temporada
VICENTE BARRERA, PEPE BIENVENIDA, RAFAEL ALBAICIN y PEPIN MARTIN VAZQUEZ momentos antes de salir al ruedo (Foto Marl)

SUERTES DEL TOREO

EL PRIMER CAPOTAZO

Por ANTONIO CASERO



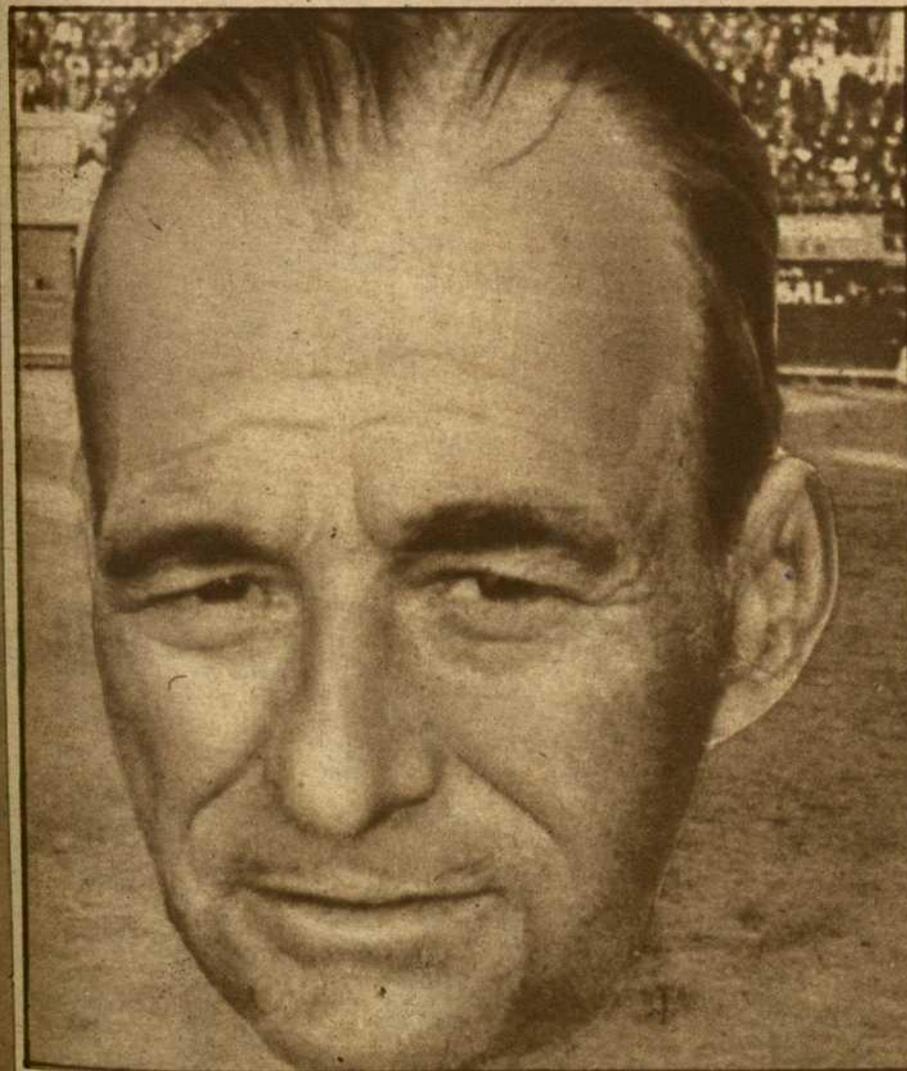
ANTONIO CASERO *



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II -> Madrid, 7 de marzo de 1945 -> Núm. 39



JUAN CECILIO, PUNTERET, HA MUERTO

El que fué popular matador de toros madrileño falleció el domingo. Había nacido el 15 de octubre de 1886; tomó la alternativa, de manos de Mazzantínito, el 12 de febrero de 1911, confirmándola en Madrid el 12 de julio del mismo año, y últimamente actuaba como asesor de la Plaza matritense

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



YA han comenzado a salir bureles por los chiqueros de los ruedos ibéricos. La lluvia impidió que el último domingo —en el que se celebraron tres novilladas— tuviera también la primera gran corrida del año en Castellón. Pero a la hora de escribir estas líneas es posible que esté celebrándose, a no ser que el motivo de la suspensión no fuera el mal estado del ruedo

por la lluvia. Sino el mal estado de la taquilla por precios excesivos.

Y he aquí un tema —último que voy a abordar de esta clase invernal— al que es preciso dar un toque, aunque resulte tan ineficaz como el de pedir que los toros se pesen en vivo.

Todo el mundo está convencido de que las localidades van a ser este año más caras que el pasado. Las cifras de presupuesto, por corrida, que el señor Pagés ha hecho públicas, han puesto los pelos de punta a los sevillanos que tienen que repartírselas en esas «pequeñas acciones» que son las entradas. Los aficionados de otras ciudades —no hago especial mención de los de Madrid—, han pensado que también les llegará el momento de contribuir a enjugar y aumentar tan fabulosas cifras. Y la confiada e ilusa afición de toda España ha sentido la primera gran contrariedad.

Se había ya acostumbrado —¡qué remedio!—, a pagar lo que pagaba por ver el toro chico y el torero grande. Estaba ahora ilusionada con presenciar estimulantes competencias: frente a las grandes figuras de la totería española las más destacadas novedades de la mexicana. Con esta esperanza se consolaba también de esa otra amenaza, en ciernes, de ver toros más chicos. Pero cuando se ha enterado de que la frágil esperanza ha de costearla su propio bolsillo, ha sentido un profundo malestar. Y con sobrada razón.

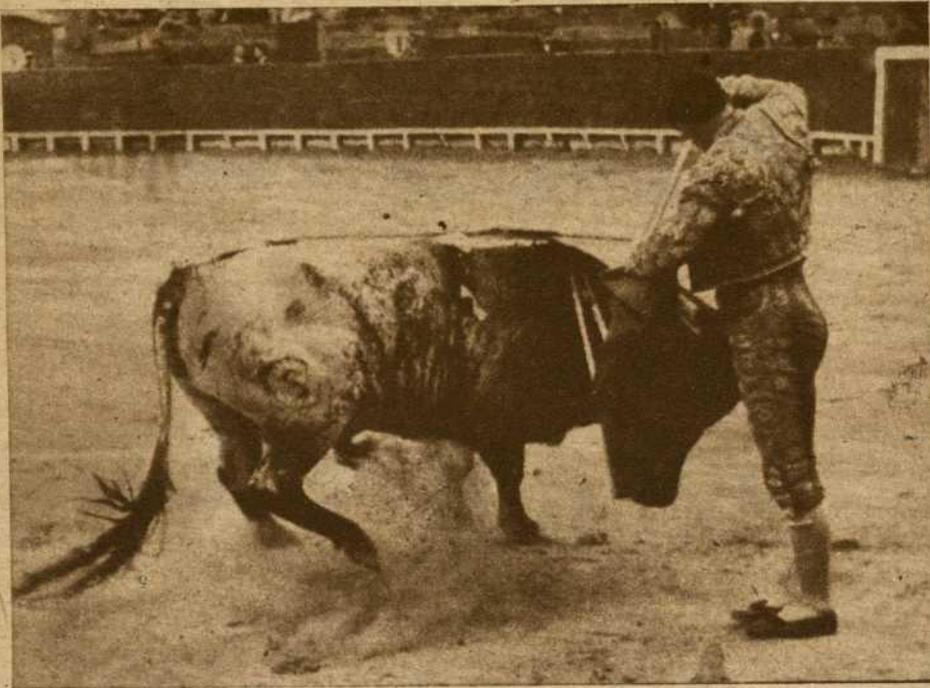
El arreglo, de ser posible, no es fácil, porque a estas horas están hechas, por lo menos en principio, las más importantes combinaciones de la temporada; pero lo encontrarían los empresarios —¡qué son tan listos!— en cuanto que alguien, con la necesaria autoridad, les dijera:

—Señores míos: los precios de las localidades no pueden rebasar ni en un solo céntimo a los del año pasado.

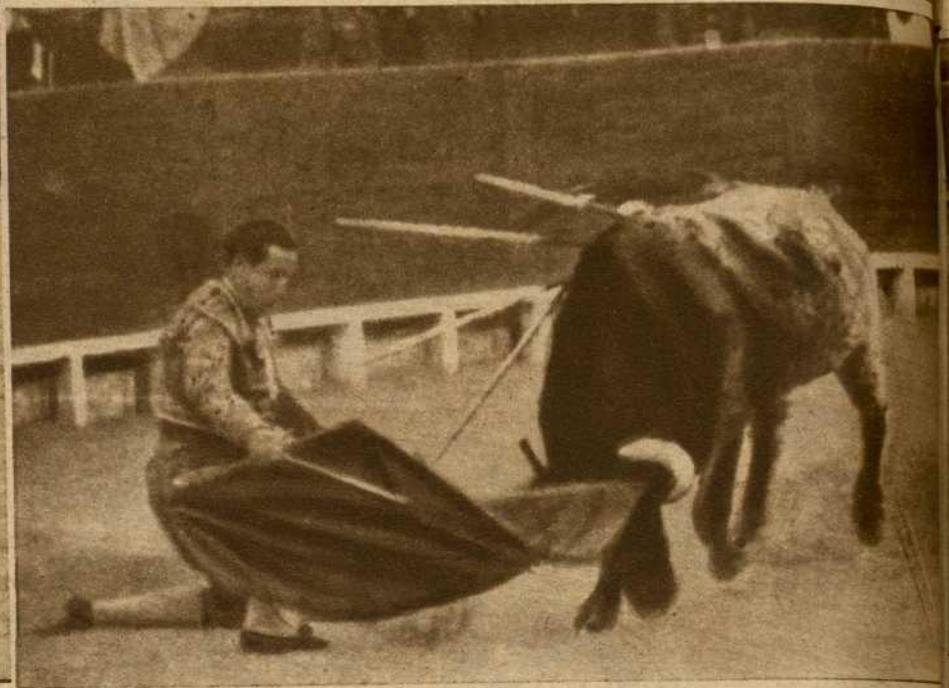
Es posible que algunas corridas no se celebrasen y que algún opulento señor no aumentase su opulencia y que algunos diestros —no de los modestos—, perdisen fechas y contratos; pero el público, por una vez, saldría beneficiado.

Puede ponerse tope al precio de las entradas con la misma facilidad que pueden pesarse los toros en vivo. Ya sé que «ellos» pueden disgustarse; pero, ¡allá «ellos»!

La primera corrida de toros de la temporada



Vicente Barrera iniciando un molinete durante la faena a su segundo toro



El diestro valenciano comienza su faena en el segundo toro con un pase de rodillas



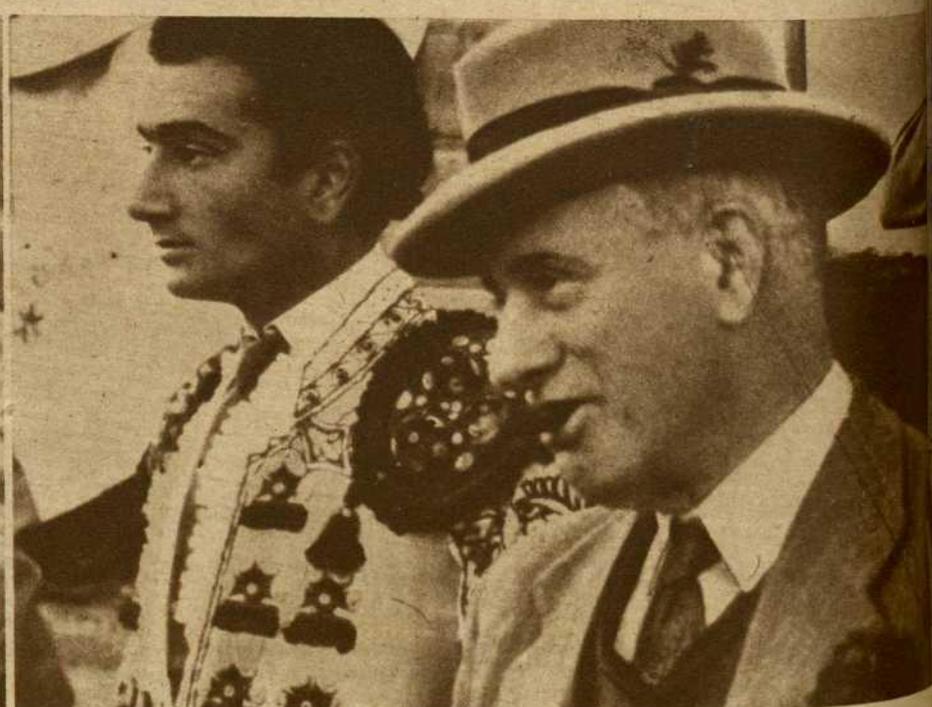
Un pase de pecho de Pepe Bienvenida a su segundo



Otro momento de la faena que Bienvenida realizó a su segundo

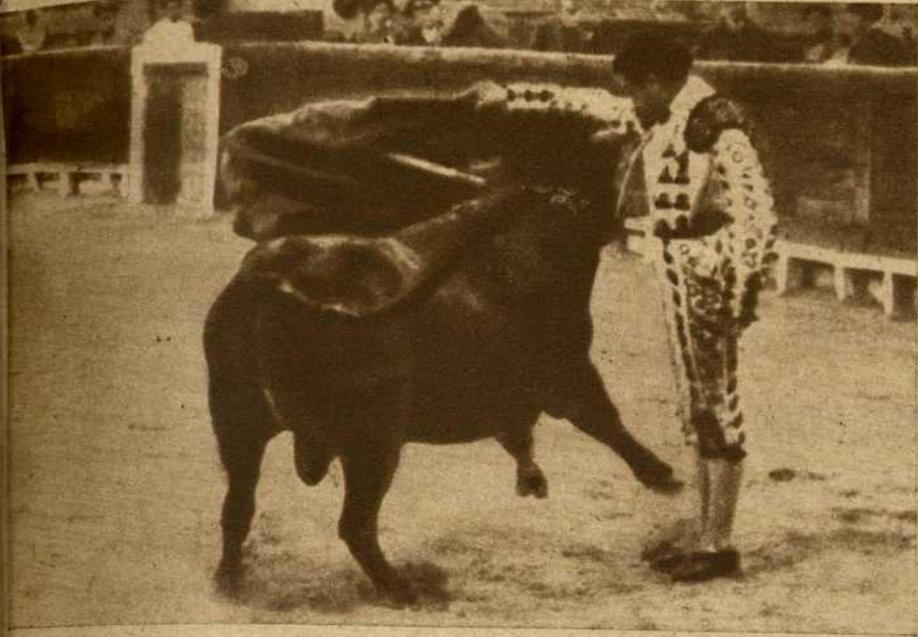


Entre toro y toro, Vicente Barrera y Pepe Bienvenida conversan en la barrera

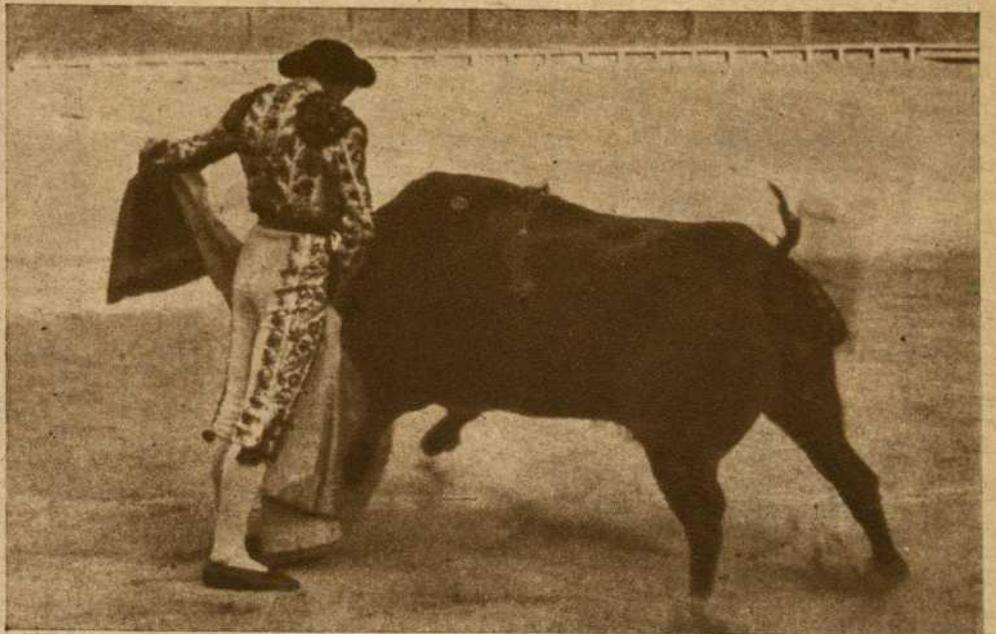


Rafael Albaicín, con su apoderado Cristóbal Becerra

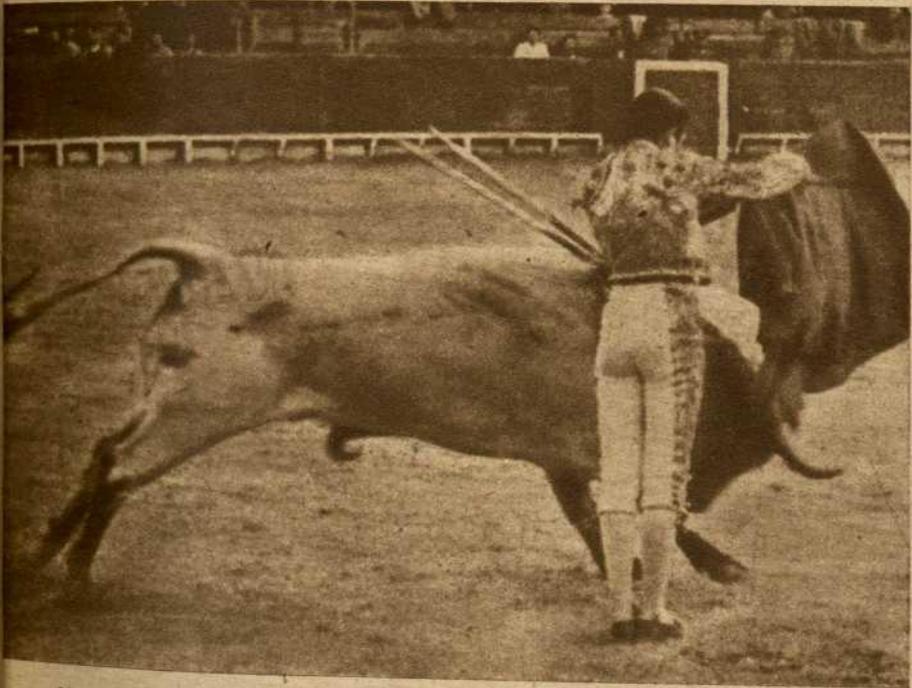
En Castellón, el lunes, lidiaron ocho toros de CONCHA Y SIERRA VICENTE BARRERA, PEPE BIENVENIDA, RAFAEL ALBAICIN Y PEPIN MARTIN VAZQUEZ



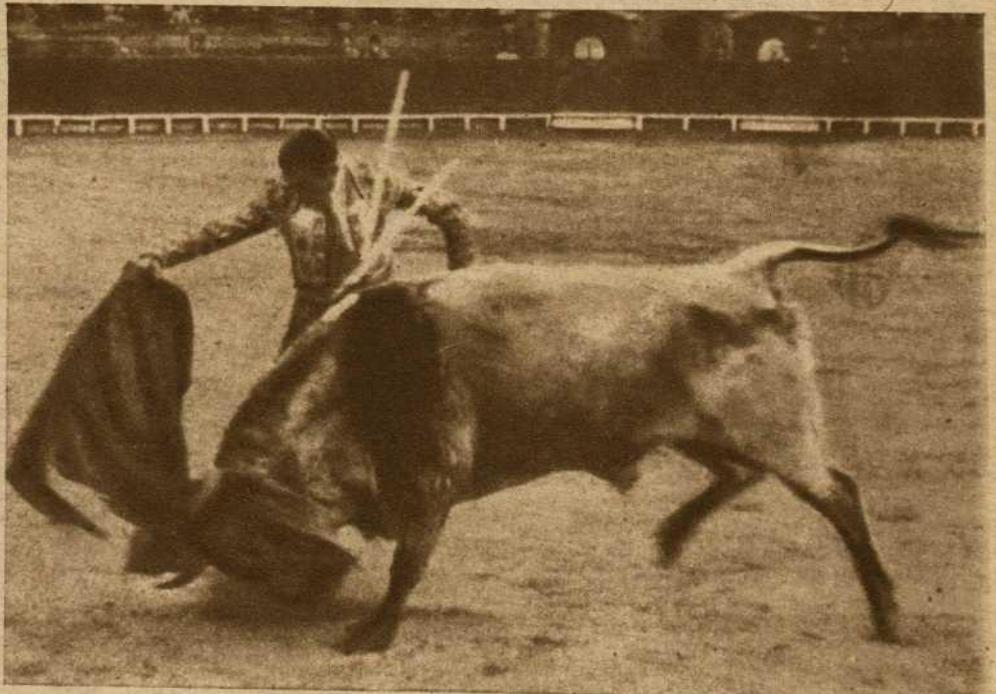
Un magnífico muletazo por alto de Rafael Albaicín



Albaicín en un ajustado lance de capa a su primer toro



Un pase por alto de Pepín a su segundo toro, del que cortó la oreja



Otro momento de la facia que Pepín realizó al toro del que cortó la oreja



Pepín Martín Vázquez, que tuvo una buena actuación en su segundo toro



Grupo de bellas señoritas que componían la Presidencia de la primera corrida de la temporada celebrada, el lunes en Castellón

(Fotos Marí y Vidal)



Rafael Albaicín, que el lunes en Castellón toreó su primera corrida de la temporada

EL PENULTIMO GRITO

Por EL CACHETERO



A MIGOS, los que con paciencia me habéis seguido a lo largo de todo este itinerario invernal, esto se va acabando ya, a Dios gracias, para vosotros y para mí. Según mis cuentas, en esta crónica va la penúltima, como dicen los flamencos de su copa, por muchas vueltas que quieran darse a la redonda. Una semana más, y al menos no nos faltará una novillada que contar, y no estos temas tan hoscos y tan protestones. Créame que la postura es incómoda, primero, porque el poner cara feroche a todo trapo lo es, y si no, hagan la prueba de simularla una tarde de siete a nueve, y si no vuelven a su casa con los músculos faciales resentidos, no de quedar por embustero. Algo de eso le viene ocurriendo a mi pluma, por ya veterana que venga resultando en

estas lides, sobre todo porque esto de los toros no tiene remedio, o por lo menos, los que nosotros creamos grandes males no lo tienen. A última hora me han asaltado escrúpulos fundadísimos de que se haya estado predicando en desierto una prédica que no tiene la menor importancia, es decir, que merece que sea gritada en desierto. Si me apuran, les diré que todo esto de los toros, grandes y chicos, es una pura broma. Uno se imagina que las reglas del juego han de ser tales y cuales y lo dice. Luego viene la gente, se empeña en modificarlas, y el mundo sigue andando, como decía un tango que cantaba Carlos Gardel, a quien reverencio discretamente, y aquí no ha pasado nada.

La temporada va a comenzar. Si se me pidiese un pronóstico, diría que van a agudizarse en ella, más y más, las características de la pasada. Toros por el estilo, torero por el estilo y público por el estilo. Por mucho que clamemos no se consagrará sino quedarnos roncós. Además, que el gritar tiene una quiebra, y es que todo el mundo está gritando ya, y por algunas parcelas con una desvergüenza que saca los colores a la cara. Se ha puesto de tal forma el cotarro, que no hay por donde cogerlo, y cualquier pelafustán de a tanto la línea clama como si tal cosa. Y eso, no; confusiones, no. Se ahorra uno los gritos, y a otro asunto.

Los toros, la fiesta de toros, está ahora en el punto justo para definirla como un espectáculo en que lo único interesante es llenar unas Plazas y sacarle a un público los más dineros que puedan. A esto tiendan todos, y los gritadores, unos por afición y otros por su cuenta y razón, figuran en el coro como contrapunto obligado, para mayor perfección y brillo del conjunto. Son una figura más del planeta de los toros, y a uno no le interesa figurar en él sino de astrónomo a lo sumo, para ver lo que pasa y contarlo al público de mejor o peor modo. Así que la llegada de la temporada, el límite de la obligación puesta en decir si el torero Pelé o el novillero Melé han equivocado la faena por bajo a un novillo que tenía la cabeza en el suelo, parece una liberación a estas alturas. Porque no me negarán ustedes que andar al retortero con los tres o cuatro temas —tres o cuatro grandes estafas— de la fiesta de toros actual, es hasta profesionalmente un desprestigio. A mí me da vergüenza sebarlos y resbarlos más, con tan poca chiapa, con tan nulo resultado y en tan mala compañía casi siempre. ¡Viva, viva la temporada!

Parece ser, claro, que tampoco habrá abono, cosa que ni los más optimistas habrían soñado, pero cuya certidumbre siempre molesta, la verdad. Yo no sé qué razones, por encima de la comodidad, posibilidad y conveniencia de la Empresa de Madrid, podrán aducirse para aplaudir el sistema presente. Pues se han aducido, amigos, por voces tenidas por serias. Yo no sé por dónde podrán sustituirse la solera, la responsabilidad, el poner a prueba en la mejor Plaza y en el mejor momento inicial la marcha o estado de las fiestas de toros, en una especie de exámenes limpios y rigurosos.

La única ventaja de la tarjeta de estar a cargo de los lunfardos de la reventa y sus amigos. Pero, en fin, los públicos no son serios, ni en el fondo merecen el abono, sino plenas de publicidad. De aquello, que con cuatro ferias estratégicas marcaba el tono de la temporada en España, a esta mentalidad que suspira por un torero en cuanto los parches de la publicidad suenan y le ofrecen en blanco series de corridas, va un abismo.

La tarjeta es lo que merecen, y el cazar a lozo los carteles con veinticuatro horas.

Que sea enhorabuena, señora Empresa; que a última hora no es más buena ni mala, sino que está absolutamente a tono con el resto.



DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

MARZO

7

MIERCOLES

L OS toreros —igual que los escritores, los artistas y los artesanos de toda índole— de tiempo inmemorial se han llevado entre sí con mucho apretón de manos de cerca y tirándose unas dentelladas feroces en cuanto se distancian algunos metros. “¿Quién es tu enemigo?... el de tu oficio”, es una verdad tan grande como la Telefónica. Por eso, hoy, que se cumplen cuarenta y ocho años de la presentación de Ricardo Torres en Madrid, juzgo que debió de ser en verdad o tan citado, como escriben los cronistas de su época, o un diplomático mejor que el Duque de Alba. ¡Miren ustedes que conseguir unir a los toreros en una sociedad, en un Montepío, aunque para los diestros —y sobre todo para los menos diestros— sea más bueno que el pan bendito! Con Algabeño y Dominguín tomé Bombita la alternativa el 24 de septiembre de 1899. Se retiró el 19 de octubre de 1913. Pero ya cuatro años antes confesó al periodista

Bonnat que su cuerpo tenía treinta y tres cicatrices. Así no me extraña que un buen día pensase en la necesidad del Sanatorio de Toreros.

Y, como hemos de tener múltiples ocasiones para hablar de Ricardo, pasemos, con tu permiso, lector, a hablar de Panchón. Mañana hará ciento dos años que murió en Córdoba, faltándole uno para cumplir los sesenta, y a consecuencia de una cornada recibida en Hinojosa del Duque. Pero, mejor que de tan lamentable percance, consignemos ahora aquella proeza que el 14 de julio de 1828 realizó en la Plaza de Madrid, presidiendo Fernando VII. Le encunó un toro a Panchón contra la barrera, de tal modo que no hubo espectador que no le diese por muerto.

De estatura casi gigantesca, y dotado de las fuerzas de un Hércules, respaldado por la barrera y apoyando las dos manos en el testuz del toro, Panchón logró separarle, salir y dar después un quiebro al toro cuando éste se repuso. El rey, al momento, le concedió una pensión vitalicia; después fué nombrado administrador de sales, y más tarde conductor de correos. Pero al quedar cesante, tuvo que volver a los rudos, gordo y torpón, y murió como arriba queda consignado.

También en este día, y en 1898, murió Frascu, de quien hablaremos repetidas ocasiones. Por contraposición, el 9 de marzo de 1802 nació con Fernando García de Bed ya —“muy señor nuestro”, dirán muchos de ustedes—, primer historiador del toreo. Gracias a él se tiene noticia en nuestros días de los primeros lidiadores de reses bravas. Escribió la “Historia del toreo y de las principales ganaderías de España”, resultando así precursor del admirado don José María de Cossío, cuya vida guarde Dios muchos años y nosotros lo veamos.

Dediquemos ahora unas líneas en honor de La Santera. Contra cualquier suposición, lejos de ser una mujer, fué todo un hombre apuesto, simpático y admirado por las mujeres. Cuando rico, cultivó el toreo por afición y fué discípulo de Pedro Romero; cuando se quedaron sin un cachavo sus padres, Francisco Montes le tuvo en su cuadrilla y, en Sevilla, le dió Juan León la alternativa. En tan arriesgada profesión recuperó el capital perdido y murió el 10 de marzo de 1884.

Hablemos ahora del Lavi. Dió ciento y raya al Gallo en cuanto a supersticiones. Odiaba a los toros negros porque “había soñado que le mataría uno negro”. Y el caso es que era un valiente. Tan hombre “de corazón” que, al morir, en Lima, cuando le hicieron la autopsia el forense se quedó admirado por el tamaño de tal víscera. Fué muy popular; dialogaba con el público y hablaba con los toros: “No seas ladrón; aplómate y déjate matar. ¡No ves que tengo cinco hijos!”. En un brindis le dijo a Isabel II: “Señora, esta moña que la ofrezco de rodillas es la primera que tiene la honra de recibir de mi mano”. Había nacido el 11 de marzo de 1811, y aprovechamos hablar de él por la misma razón que vamos a hacerlo del Tolcano: “Metiése a torero, y en busca de nombre mantéjelo la espada y los palitroques. ¡No valió nunca siquiera un pitoche! Después en la ópera entró de tenore y, ¡válgame Cristo!, qué gritos, qué voces y qué zaragata y qué revolcones...” ¡Ah!, pero había nacido el 12 de marzo de 1847.

El 13 de marzo de 1884, y tal día del 1818, nacieron Bombita III y el Chichanero. Este fué aquel que, por embestir un morlaco contra los toriles, se encontró en el ruedo con dos astados. Como resultó imposible separar a los toros hermanos, Chichanero tomó espada y muleta y se fué hacia ellos. Citó a uno, y se arrancó el otro! De una estocada en todo lo alto, rodó patas arriba. Pidió otro est que, y “a los pocos instantes subulaba soniente, ante los aplausos frenéticos de la multitud, puesta en pie”. Hablando de él, alguien recordaba un famoso cuplé ovidado de puro viejo: “Por el vino y las mujeres se pierde un chico de buena casa. ¡Sarasa!” Y sin que venga a cuento la palabra final, todas las otras se sientan como anillo al dedo al chichanero José Redondo, quien dijo que antes de ser cobarde ante los toros “era mejor dejarse coger”. ¡Lo que va de ayer a hoy!

MARZO

13

MARTES

CARTEL DE BARCELONA

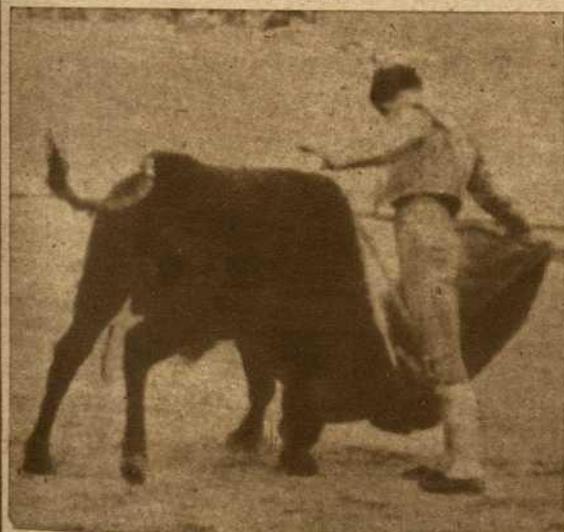
Seis novillos de Esteban González
para ROSALITO, LLORENTE Y ANDALUZ II



Rosalito en la faena de muleta al primer toro de la tarde



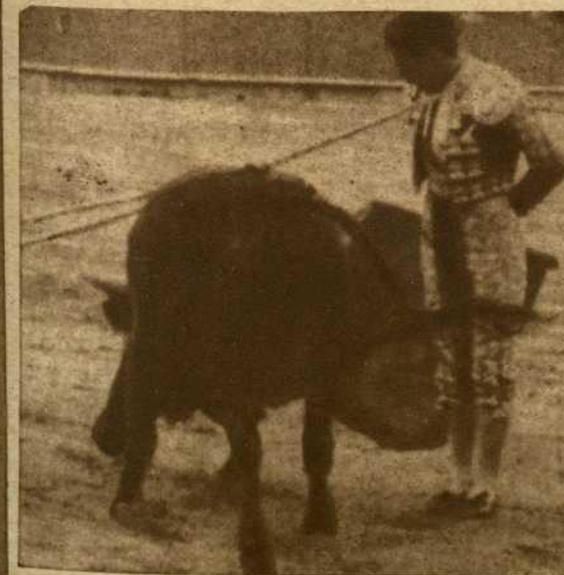
El diestro, que inauguró la temporada en Barcelona, en un pase con la derecha



Llorente iniciando un adorno con la muleta al toro que le correspondió en primer lugar



Exponiendo, Llorente aguanta bien al bicho en unos lauces de capa a su segundo toro



Andaluz II cambiándose la muleta de mano en unos pases perfectos a uno de los bichos que lidió



Con este natural inició Andaluz II su faena al bicho que cerró plaza en la corrida de inauguración. (Fotos Valls)

RESEÑA

Se inaugura la temporada con tarde de sol; pero muy fresca, lo cual no impide que en la solana de Las Arenas se registre un llenazo, y en la sombra, una magnífica entrada.

Primero: Negro, muy chico. Tres varas sin apretarle, y sólo un quite discreto del Andaluz. Rosalito saca algunos naturales derechistas de clase, a cambio de sustos y un desarme. A la hora de matar, una entera algo tendida, y el descabello al tercer intento. (Aplausos.)

Segundo: Negro, mejor armado. Cumple el morito tomando tres varas, y los matadores brillan por su ausencia en el tercio de quites. Los de los palitroques colocan tres pares desiguales. Llorente hace una faena valentona, intentándolo todo, sin llegar a la perfección, y con algún que otro achuchón. Mata de media superiorísima en todo lo alto. (Oreja y vuelta.)

Tercero: Negro girón, tirando a chico. Toma tres varas: tres malos pares de garapillos. Andaluz se encara con su enemigo a disgusto, y tras cuatro muletazos por bajo, señala un buen pinchazo; otro, echándose fuera, y termina con un hondo, seguido de un intento de descabello. (Silencio.)

Cuarto: De mucho más respeto que los anteriores. Toma tres varas y un marronazo. Rosalito quita por verónicas; Llorente, de frente y por detrás, y Andaluz, por chicuelinas, dan donos un tercio muy animado. El matador brinda al senado y comienza con cuatro naturales de zurda imponentes; sigue en el mismo plan, pero sin mejorar, y termina con el de pecho. Un pinchazo sin soltar, otro sin decisión y termina con una casi entera. (Muchas palmas.)

Quinto: Negro, buen tipo. Una salida de miedo, saltando dos veces al foso. Los indicios de mansedumbre no le impiden tomar cuatro varas y dos de refilón. Nada en quites ni en banderillas, excepto un par de muchas agallas de Carralafuente.

Llega el toro a la muleta con fuerte arrancada, y la faena es una lucha entre el matador y el astado, poco lucida y de mucho sudor. En la primera igualada, una entera bien puesta, que impresiona al respetable. Hay petición de oreja que, acertadamente, no se concede; pero Llorente da dos vueltas al ruedo entre muchos aplausos.

Sexto: Castaño. Tres varas y sólo un quite del Andaluz por gaoneras. En banderillas, un gran par de cortas.

El novillo llega suave a la muleta, lo cual aprovecha Andaluz para hacerle una variada faena, en la que destacan varios naturales con la izquierda, de costadillo, molinetes y de pecho. A la hora de matar, el sevillano no tiene suerte y larga una entera, atravesada, seguida de un certero descabello. (Muchas palmas.)

JUICIO CRITICO

Don Esteban González del Camino nos envió de su dehesa de Utrera una novillada tirando a terciada y descaradilla de pitones. Tan sólo dos bovinos tuvieron presentación completa de novillada de postín; pero todos, en general, sacaron genio y bastante nervio; cosa que no ligó satisfactoriamente con la terna novilleril, que quiere encumbrarse rápidamente. Los chicos salieron desentrenados y se limitaron a prometer sin dar ni la cuarta parte de lo que en buena ley pudieron alcanzar. A pesar de ello, ninguno de los tres se hizo acreedor a la censura en cualquiera de sus grados.

A nuestro juicio, el triunfador de la tarde fue el Andaluz, con todo y la desgana que mostró en su primer novillo; al que pudo hacerle mejor faena y matar con mayor decoro. Pero en su segundo, el que cerró plaza, Luisito destapó el tarro de las más puras esencias toreras y nos dejó un paladar de miel, porque lo que hizo con la muleta no lo mejora ni su hermano Manolo. Sin suerte con el alfanje, pues la estocada resultó atravesada, perdió una oreja que tuvo ganada archicrecidamente con la apañosa faena; pero no perdió en forma alguna la inmediata repetición.

Llorente llevóse la primera oreja de la temporada y vió insistentemente solicitada la de su segundo, que, con indudable acierto, denegó la presidencia. Muy enterado, pisando con soltura en todos los terrenos, el Llorente torero de la pasada temporada reapareció como gran matador. Y por su seguridad al matar triunfó y fue sacado en hombros.

Rosalito fue el menos afortunado, tanto en el éxito como en la calidad de lote que le cupo en suerte. Pero demostró estar enterado y ser un excelente muletero, a base, exclusivamente, del natural; porque no acusó tener mucha variedad en sus faenas de muleta.

HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA



*Concurso
taurino*

**¿En qué
fecha tomó
la alternati-
va Antonio
Márquez?**

¿En qué año se retiró?

Escriba con el título: "PARA EL CONCURSO TAURINO DE HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA", a la Empresa "Hijos de Valeriano Pérez", Cruz, 7, Madrid, respondiendo a estas dos preguntas, y si son debidamente contestadas, participará en el sorteo que se celebrará seis días después de la publicación de este anuncio. Por tanto, el cierre de admisión de estas se efectuará el sábado próximo, a las ocho de la noche.

PREMIOS:

UN PREMIO de 100 pesetas y otros DOSCIENTOS PREMIOS, consistentes en un paquete de hojas de afeitar "MEZQUITA".

Los premios serán enviados a los señores favorecidos directamente a su domicilio, tanto a los residentes en Madrid como a los de provincias, para lo cual suplicamos a cuantos escriban antes claramente su nombre, apellidos y domicilio.

HOJAS DE AFEITAR HAY MUCHAS...



**MEZQUITA
UNA SOLA**

Publicidad: HIJOS DE VALERIANO PEREZ. Cruz, 7. MADRID

El empeño del colchón

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



FALTAN muy pocos días para el comienzo de la temporada. Todo el invierno se ha venido hablando en el planeta de los toros de una sola cuestión. Triste es decirlo; pero no hay más remedio. De lo único que se ha hablado fué de dinero. Mi buen amigo Manolo Camacho, gran aficionado, pero, sobre todo, muy experto en los intrínsecos del planeta de los toros, dice que todas esas cosas que con tanta frecuencia nos cuentan los periodistas de lo que pregunta el torero antes de la corrida son...

—Ná, pamplinas; ni el torero pregunta cómo está la corrida, porque lo sabe de sobra, ni duerme un ratito, ni le interesa saber qué lote le ha tocado; lo que de verdad le importa, lo que pregunta al mozo de espadas cuando empieza a vestirle, es «¿Has cobrado?»

Triste es decirlo; pero no hay más remedio. El planeta de los toros está absolutamente mercantilizado. No ya sus habitantes principales, toreros, apoderados, ganaderos y empresarios, sino el aficionado ingenuo no habla más que de dinero. Muchos antiguos y buenos aficionados contestan a la pregunta de cuál es el mejor torero con estas palabras, que si son verdaderas son desconsoladoras. «El que más cobra».

Si el torero es un arte, esto es falso. Si el torero es una profesión, puede que sea verdad.

Me temo mucho, tal y cómo están las cosas, que el torero se convierta definitivamente en una especie de artesanía. No ignoro que desde siempre el artista se ha preocupado de ganar la mayor cantidad de dinero posible. Y dentro de los artistas, el torero, por la índole especial de su arte, es natural que aspire a que su esfuerzo sea recompensado congruentemente. Pero de aquí a lo que está ocurriendo hoy media nuestro antiguo amigo, el acreditado abismo.

Ahora pretende uno hablar de toros en cualquier tertulia, y dice:

—¿Os acordáis de la faena que hizo el año pasado Mengano con uno de la Cova en tal Plaza?

Y en seguida cualquiera de la reunión responde:

—Para cobar la que le tuvo que dar el empresario al Mengano: sesenta mil pesetas le pidió el Mengano, que es el torero más grande que han visto los siglos. ¿Quién ha cobrado sesenta mil pesetas por matar dos toris desde que existe el torero?

Y uno, claro, se queda perplejo y replica:

—No; si yo no me refería al dinero que cobró, sino a la faena que hizo, una faena, a mi juicio...

Y otro contertulio interrumpe:

—No nos interesa nada lo que te pareció la faena —contesta a lo de las sesenta mil pesetas.

Y entonces uno se pone el sombrero, da las buenas tardes y se marcha.

Resulta que desde hace unos años la mayor parte de las Plazas de Toros se llenan casi todas las corridas. De fenómenos económicos entiendo poco. Todos los años se eleva el precio de las entradas. Y a la gente le es igual. Refunfuñan dos docenas de viejos cascarrabias y tres de ellos, heróicamente, se quedan en su casa las tardes de toros. Pero nada más, no pasa nada más. En vista de lo cual la nueva afición y unos cuantos literatos sentencian que estamos viviendo la edad de oro del toro. No lo niego, si por edad de oro entendemos la abundancia de su sustitutivo, el billete de Banco, que corre profusamente de los bolsillos de los aficionados a las cuentas corrientes de empresarios, toreros y ganaderos.

Como frase hecha, incorporada al lenguaje corriente, venimos oyendo y leyendo desde hace años eso de que el buen madrileño, antes de quedarse sin ir a los toros un día de corrida grande, coge su colchón y se lo lleva al Monte de Piedad. Creo que esto no pasa de ser ingeniosa ocurrencia de don José López Silva o de alguno de sus imitadores. En aquellos tiempos, verosímil; hoy, completamente inaceptable. Hoy, con el importe del empeño de un colchón no se puede ir más que a una novillada a Valdemorillo. Para presenciar una corrida de postín es necesario empeñar un collar de brillantes chatones, y entonces, si; entonces hasta podemos tomar dos cañas de cerveza a la salida, si las faenas fueron tan emocionantes que nos secaron la boca.

Melancólicamente, pues, entono mi elegía al empeño del colchón, rindo mi homenaje a aquellos héroes anónimos y compadezco a los actuales aficionados de la edad de oro, imposibilitados por el oro de contemplar y gozar las grandes proezas de la torería contemporánea.



8 matadores de toros ha dado Toledo en lo que va de siglo

DOMINGO ORTEGA ha sido la figura excepcional

DOMINGUÍN, MORENITO DE TALAVERA y PABLO LALANDA le han seguido en méritos

TOLEDO, la antigua ciudad que baña el Tajo, se estremeció un día, jubilosa, al encontrar a su tozero. La antigua historia de España tomó sus perfiles más acusados, más recios y viriles en esta ciudad. De allí, los fieros guerreros que un día cruzaron la Península para recristianizar a España. De allí, los aceros más recios y templados, que habrían de extender su fama por todo el mundo. De allí también, aquellos hombres que alcanzaban toros con gallardía extraordinaria. De allí, en fin, salió un día —cuando Toledo vivía cuajado de recuerdos prítéritos— un torero que reunía todas las características más esenciales —mejor, quizá raciales— de su estirpe.

De allí, de un pueblito de su provincia —Borox—, salió Domingo Ortega.

Y aquí, en este caso de torero intuitivo y autode-terminativo, si que no caben hacer elucubraciones críticas para buscarle un encasillamiento más o menos esotérico. Domingo Ortega no tiene ascendencia taurina de ninguna clase. Ni de cerca ni de lejos recibe enseñanzas o inspiraciones de nadie. En el planeta de los toros —y al llustre Díaz-Cañabate le pedimos desde aquí que nos hable con su autoridad de esos grandes satélites aun no descubiertos— las escuelas sevillana y rondeña no cuentan para Ortega, que se libra de esa fascinación que para la mayoría de los toreros ejercen una u otra. El, Ortega, ni siquiera se para a contemplarlas, y sigue un camino distinto y con su auto-idiatismo peculiar logra dar una fórmula personalísima a su torero.

La carrera taurina de Ortega es rápida. A los veintidós años da comienzo a ella. Torea unas cuantas novilladas, e inmediatamente después toma la alternativa. El año de su doctorado contrata más de cien corridas, de las que torea 93. Al año siguiente toma parte en 91, después de haber contratado 116. A partir de entonces es el torero que más corridas contrata, aunque por diversos percances no pueda cumplir siempre todos sus compromisos. Desde 1931 hasta 1944 —contando sus campañas en América— Ortega ha tomado parte en más de 750 corridas. Y a pesar de las nuevas corrientes estéticas que han inundado el toro de hoy, Domingo Ortega permanece inmovible, con su torero granítico e incopiable.

El primer torero toledano del siglo lo fué Domingo González (Dominguín), padre de los actuales matadores de toros del mismo apodo. Dominguin empezó su aprendizaje taurino cuando ya había cumplido los veinticinco años, y en la Plaza de Barcelona —como Ortega años más tarde— puede decirse que se hizo torero, y los éxitos conseguidos en la Plaza de la Ciudad Condal el año 1917 hicieron que al año siguiente torea se un eevadísimo número de novilladas, y al final casi de temporada. Joselito le doctoró en Madrid el 26 de septiembre de 1918. Siete años fué matador de toros, pues su última corrida la toreó en Toledo el año 1925. En el transcurso de ese tiempo, Dominguin —que fué muy castigado por los toros— tomó parte en unas doscientas corridas. De todos es sabido que al abandonar su profesión se hizo empresario taurino.

Pablo Lalanda fué otro torero toledano que en la iniciación de su carrera parecía que iba decidido a ocupar un puesto destacado en la torería de su tiempo. Formó pareja con su primo Marcial Lalanda, y ambos de novilleros, hicieron una campaña triunfal por toda España. En 1921, al tomar ambos primos la alternativa, se deshizo la cuadrilla que hasta entonces habían formado ambos, y Pablo, que era un torero fácil, alegre, y que poseía un toro artístico y variado, no tuvo arresos suficientes para seguir el camino que hasta entonces le había llevado a la popularidad. Y de 35 corridas en que tomó parte el año 1922, descendió a poco más de 12 en los años sucesivos, hasta el año 1931, en que sólo tomó parte en cuatro corridas. El año 1936, cuando ya vivía apartado de los toros, fué asesinado en un pueblo de Toledo.

Emiliano de la Casa (Morenito de Talavera), como sus antecesores, empezó armando mucho ruido y pisando fuerte en el torero, Torero fácil y completo, si no está en posesión de un estilo depuradísimo, si sabe hacer cuanto ejecuta con arte y valor. Y como durante los tres primeros años de su carrera unía a todo ello un pundonor y un deseo de agradar y complacer a los públicos constantes, de ahí que durante los dos primeros años de su alternativa torea bastante y ocupara un primerísimo lugar entre los matadores de su promoción.

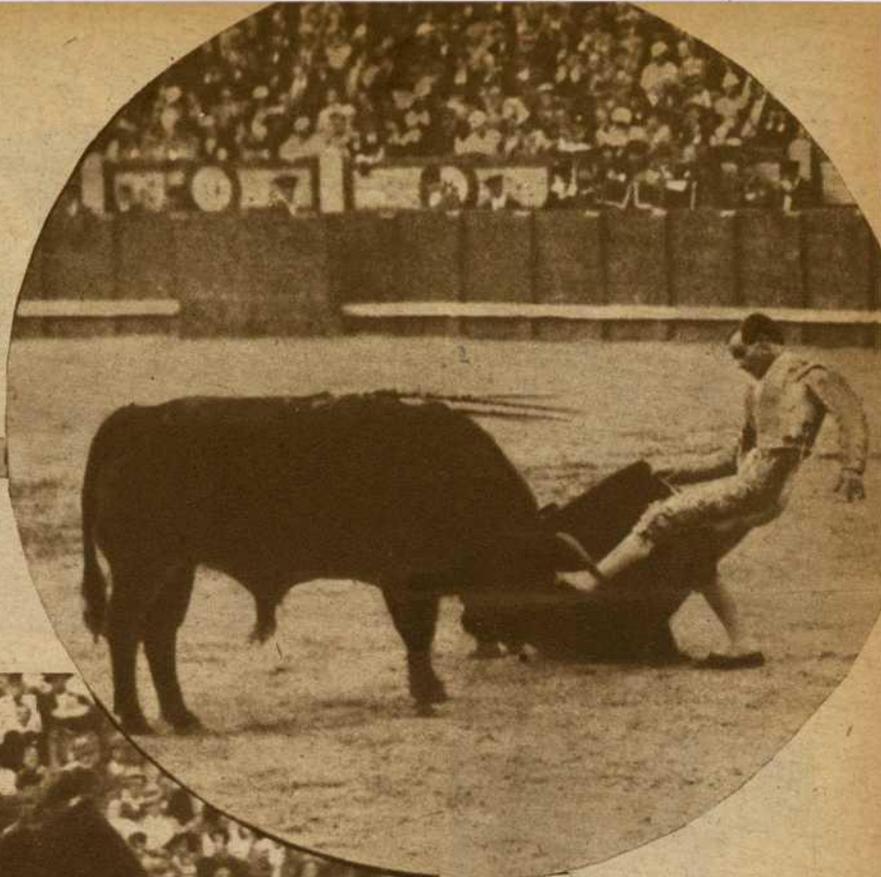
La temporada pasada, Morenito se ha sentido desganado y apático, descendiendo por ello bastante en el número de corridas toreadas con relación a temporadas anteriores. Y ha sido una lástima, porque es joven y tiene facultades para, con un poquito de voluntad por su parte, torear un mayor número de corridas.

Y como final, a continuación damos la lista de los ocho matadores de toros toledanos habidos en el siglo:

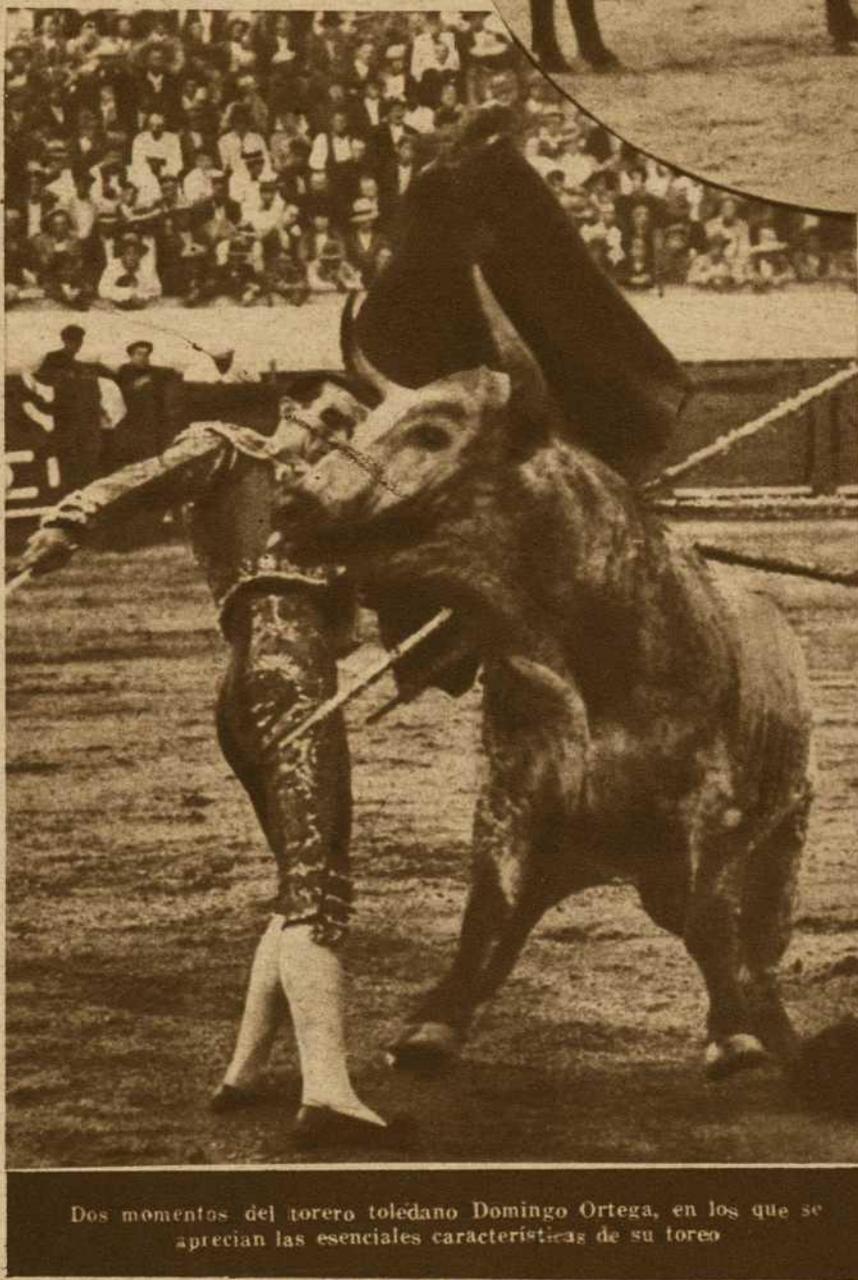
Domingo González (Dominguín). Nació en Quismondo (Toledo) el 4 de agosto de 1896. Joselito le dió la alternativa en Madrid el 26 de septiembre de 1918, al cederle la muerte del toro Agujito, de Contreras.

Mariano Montes. Nació en Portillo (Toledo) el 8 de diciembre de 1895. Tomó la alternativa en Córdoba el 25 de septiembre de 1921. Se la dió Joseito de Málaga.

Los toros fueron de Guerra. Fué una víctima del torero, pues el 13 de junio de 1926, al torear en la Plaza de Carabanchel al quinto toro, llamado Gallego, éste le produjo dos heridas en el muslo izquierdo y una en el



Domingo Ortega durante una de sus grandes faenas



Los momentos del torero toledano Domingo Ortega, en los que se aprecian las esenciales características de su torero

vientre, falleciendo a poco de ingresar en la enfermería.

Pablo Lalanda. Nació en Ventas con Paña Aguilera (Toledo) el 11 de enero de 1902. Fortuna le dió la alternativa en Madrid el 2 de octubre de 1921, al cederle la muerte del toro Ropero, del marqués de Lien.

Julián Sacristán Fuentes. Nació en Santa Oalla (Toledo) el 14 de septiembre de 1902. Marcial Lalanda le dió la alternativa en Valencia el 26 de julio de 1929, cediéndole la muerte del toro Botinero, de Concha y Sierra.

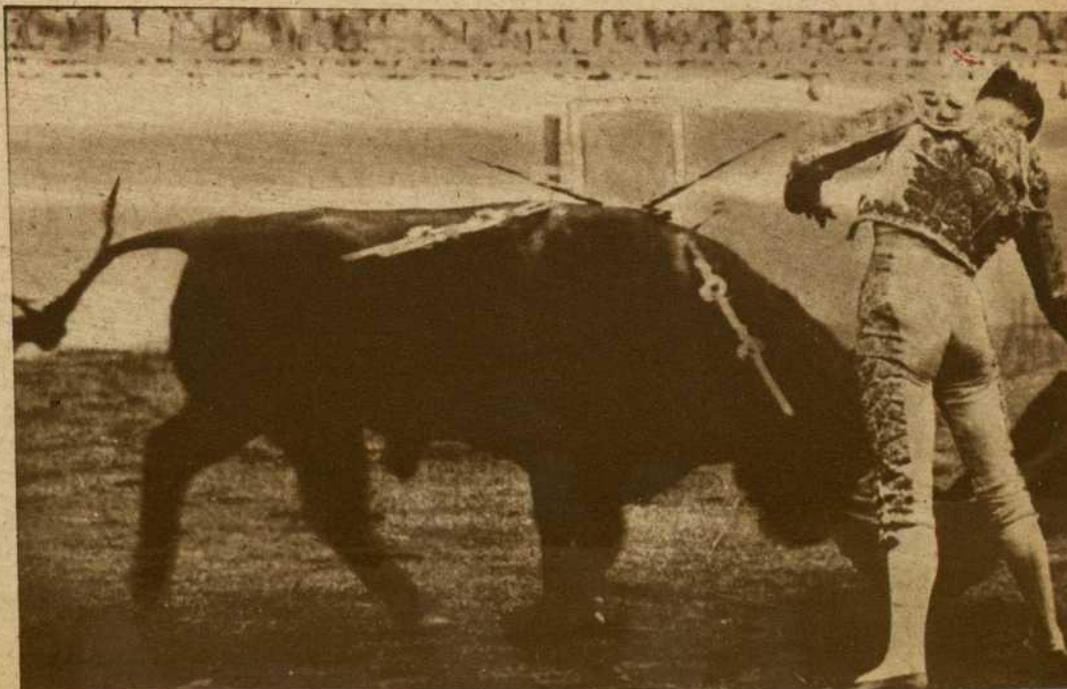
Domingo Ortega. Nació en Borox (Toledo) el 25 de febrero de 1906. Gitanillo de Triana le dió la alternativa en Barcelona el 8 de marzo de 1931, cediéndole la muerte de Valenciano, de doña Juliana Calvo.

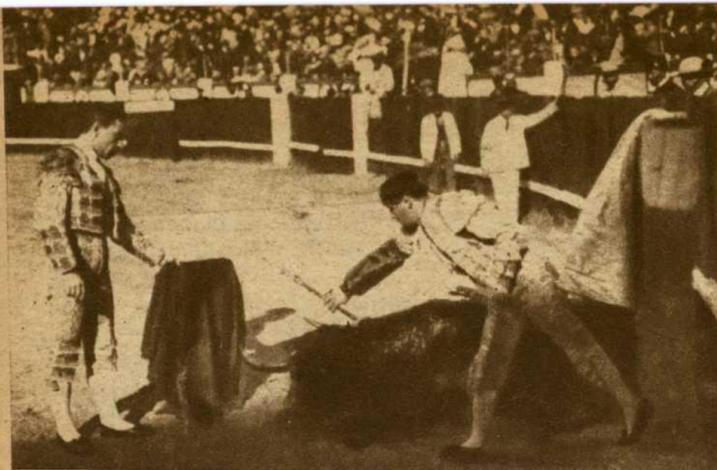
Mariano García. Nació en Borox (Toledo) el 26 de abril de 1916. Marcial Lalanda le dió la alternativa en Toledo el 19 de agosto de 1939, con toros de don Antonio Pérez.

Emiliano de la Casa (Morenito de Talavera). Nació en Talavera de la Reina el 30 de junio de 1914. Manolete le dió la alternativa en Barcelona el 14 de mayo de 1942, cediéndole la muerte de un toro de Domecq.

Luis López Ortega. Nació en Borox (Toledo) el 11 de octubre de 1920. Su hermano Domingo le dió la alternativa en Quiritanas de la Orden (Toledo) el 26 de septiembre de 1942. Los toros fueron de Clairac.

LUIS GARCIA NAVAS





Vicente Pastor mantiene firme al toro con la muleta, mientras el puntillero trata de quitarle al bicho una banderilla para después apuntillarlo



La Asociación de Toreros, reunida en una comida de conmemoración. De esto hace más de veinte años. En el grupo vemos caras tan populares y conocidas como las de Ruiz Albéniz, Guerrerito, Vicente Pastor, Bienvenida, Saleri I, Regaterín, Algabeño II, Magritas...



Un clásico ayudado por bajo de Vicente Pastor en la Plaza de Madrid



CAPITULO XVII

Ya iniciado en 1908 el famoso pleito de los Miuras, que planteado por Bombita y Machaquito suscitó las más enconadas discusiones, en la temporada de 1909 Mosquera rompió sus relaciones tauromáquicas con los dos citados espadas, no precisamente por aquel hecho, sino por obstinarse Ricardo y Rafael en mantener en sus contratos la cláusula de las sustituciones, según la que al caer herido un matador tenía derecho a cobrar íntegro el importe de aquéllos, enviando por su cuenta un sustituto.

Don Indalecio, hombre de números — a él se atribuye la «Guía de Ferrocarriles» y los billetes kilométricos—, desligado de sus socios y único empresario de la vieja Plaza madrileña, estudió y llevó a la práctica la manera de defender el negocio pitonudo, consiguiendo determinados conciertos con la Hacienda y el Ayuntamiento, haciendo cuestión de gabinete la desaparición de tal cláusula, que estimaba a todas luces leonina.

Producida la ruptura entre el empresario y Bombita y Machaquito, presidió de éstos para el abono del citado último año, y así se lo hizo saber a los aficionados mediante unos avisos que dieron lugar a los más sabrosos comentarios, inclinándose la opinión en favor de Mosquera.

Alejados del caso de la carretera de Aragón el sevillano y el cordobés, que sólo torearon aquel año las corridas de la Asociación de la Prensa y Beneficencia, el 25 de marzo y el 17 de mayo, en las que no tuvo intervención don Indalecio, vio éste en Vicente Pastor —situado desde las dos temporadas anteriores en la primera fila de la torería de aquella época— su tabla de salvación y no olvidó a Rafael el Gallo, dándole un buen número de corridas.

De las treinta y seis que Vicente toreó en 1909, doce fueron en la madrileña Plaza.

Con Ricardo Torres, Bombita, toreó «mano a mano» las celebradas en Santander, con Miuras, el 5 de agosto; en San Sebastián, reses de Santa Coloma, el 29, y en Albacete, bovinos de Valle, el 18 de septiembre.

En corridas de tal naturaleza alternó con Rodolfo Gaona, el 3 y 4 de junio, en Trujillo, astados de Olea y Trespalacios, respectivamente; en La Coruña, el 1 y 2 de agosto, toros de Arribas y Anastasio Martín; el 8 siguiente, en Pontevedra, cornúpetas de Palha; el 15 y 16, en Badajoz, cornudos de Palha y Veragua, y el 26, en Almagro, bichos de Vicente Martínez.

Con Antonio Boto, Regaterín, también toreó «vis a vis» las siguientes corridas: 24 y 30 de junio, en Madrid, bovinos de Valle y Surga; en Marsella, el 4 de julio, fieros brutos de Félix Gómez; el 1 de septiembre, en Valdepeñas, de López Navarro; el 16, en San Sebastián, concurso de ganaderías, y tres días después, en Madrid, con Aleas.

Acompañó en su despedida en Granada a Antonio Moreno, Lagartijilla, el 20 de mayo, con toros de Peláez, y con su sobrino Lagartijillo chico alternó el 28 de marzo en Toulouse reses de Pellón, haciéndolo con Guerrerito en Palencia, el 2 de septiembre, y con Bombita III el 5, en Bayona, toros respectivamente de Vicente Martínez y de Guadalest.

Un pase de pecho de Vicente Pastor durante una de las corridas de Méjico en la temporada de 1911



Historia taurina de Vicente Pastor

La ruptura de Mosquera con Bombita y Machaquito. ¡Veintiuna corridas "mano a mano"!—En 1909 no toreó ninguna con el cordobés

Es decir, que en sus treinta y seis corridas del año 1909 lo hizo alternando con un solo matador en veintiuna, manteniendo en la mayoría de ellas su pabellón a gran altura.

En cambio, en tal temporada no se enfrentó en ninguna con Machaquito, hecho extraño que no ha creído prudente preguntar a Pastor, pero muy significativo después de su primer encuentro en Madrid.

No obstante, emachaquistas y epachaquistas andaban a la greña, diciendo aquéllos que el torero de la calle de Embajadores, al entrar a matar, daba un salto, y los partidarios de Vicente, que el cordobés un paso atrás, no dejándose ver de los toros al meter el estoque en el morriño.

De la docena de corridas toreadas en Madrid, fueron las que abrieron el paréntesis de la inauguración de la temporada el 11 de abril y la primera de abono celebrada al siguiente día.

En aquélla torearon con Vicente toros de Trespalacios Manolete y Rodolfo Gaona, y en la segunda, éste y Rafael el Gallo, reses de Gama.

Pastor, en la primera de estas corridas, tuvo una gran tarde, siendo ovacionado largamente en sus dos enemigos. Las faenas de muleta, en las que no faltó el pase natural, excelentes, y los dos volapiés, fulminantes.

En la citada de abono, tropezó Pastor con un toro hondo, con mucho poder y malas intenciones, un toro de esos que, según se dice en el torgote taurino, salen a por el dinero de la temporada.

Playero se llamaba el «regalito», y «el león de Castilla» le envió a la jurisdicción de los matarifes con gran exposición de la piel.

En su tercera actuación ante sus paisanos —25 de abril— se registró un suceso trágico, pues en ella fue cogido por el toro Merino el banderillero de Gaona Fernando Romero, Lagartijilla, perdiendo la vida.

En esta función de toros alternaron con Vicente Pastor Rafael el Gallo y el citado diestro mejicano.

Mató Pastor de una gran estocada al primer cornúpeto de Lucha y Sierra, como todos los lidiados, escuchando la consiguiente ovación, y sin otros incidentes dignos de mención pisó la arena, en último lugar, el astado Merino negro, sacudido de carnes y muy astilino.

Cozió los palos Rodolfo, resultando cogido, y Carlos el Aguila, Aguilita, y Lagartijilla se dispusieron a cerrar el tercio.

Aguilita colocó un par a la media vuelta, y al hacerlo de frente su desventurado compañero, resultó empunzado por el cuello, siendo por la fiera arrojado violentamente contra el suelo, donde quedó exánime, haciendo



La muerte de Lagartijilla. Un éxito con Miuras.—La famosa corrida del día de San Juan.—Una crónica de "Don Modesto"

a los pocos segundos una contracción que llenó de espanto a los espectadores.

Cuando las asistencias recogieron al infeliz lidiador, éste era cadáver, limitándose en la enfermería el doctor Hurtado a certificar su defunción.

El 9 de mayo, Regaterín y Moreno de Alcalá, con Vicente, despacharon reses de Miura. Pastor estuvo en esta corrida enorme. A su primer toro, Orejilla, manso y foqueado, le hizo en las tablas una gran faena, dominando al morlaco y matándole de un gran volapié. Al cuarto, Rastrojero, le muleteó y mató también con gran valentía, siendo por consiguiente ovacionado en ambos miureños y dando el paseo triunfal.

Volvió Pastor, el 30 del susodicho mes de las flores, al caso madrileño con otra mirada que Mosquera organizó con dicho espada, Manolete, Gaona y Martín Vázquez, para contrarrestar la corrida anunciada para tal día en Aranjuez con Bombita y Machaquito, estando bien Vicente en un toro y regular en otro.

Objeto de grandes ovaciones fue en la corrida del 10 de junio, pues también con los dos toros de Vicente Martínez que le correspondieron, Solimón y Clavellino, fue ovacionado con vuelta al ruedo por las dos estocadas que dió. Le acompañaron en este festejo Regaterín y Bienvenida, y mal en uno y superior en otro estuvo en la fiesta del día 13, bovinos de Campos, figurando en la tercia dicho Regaterín y Manolete.

De nuevo actuó en Madrid nuestro protagonista con toros de Murube, acompañándole El Gallo y Gaona el siguiente día, portándose superiormente en el primer toro.

Pero donde el diestro de la calle de Embajadores obtuvo un clamoroso éxito, confirmando la profecía de Bombita cuando con él toreó en Barcelona, según ya hemos dicho, fue en la corrida celebrada el 24 de junio festividad de San Juan, en la que con Regaterín, «mano a mano», lidiaron seis cornudos de Teodoro Valle, a nombre ya de don Dionisio Peláez.

Mató en esta corrida los toros Zamorro, Bordado y Golondrino. Muy Lien con el primero y regular con el tercero; en el quinto, pues por este orden se lidiaron, armó una gran escandalería.

Y para que se den ustedes una ligera idea del volumen del triunfo, voy a reproducir unos párrafos de la crónica escrita por «Don Modesto» con tal motivo:

«Caracoles con el Chico de la Blusa! ¡Así se torca y así se mata!»

No recuerdo en el valiente Vicentillo, paisano mío y excelentísimo matador, una faena tan artística, tan apretada y valiente, tan bonita y tan inteligente.

El toro, bravísimo, se comía la muleta, y el diestro, más

bravo aún, corría sabiamente la mano en el pase natural, dejando al bicho en su terreno debidamente destronado. En un pase obligado de pecho, ceñidísimo, rozaron los costillares los alamares de la casaquilla.

En dos medios, en redondo, sin mover los pies, se extendió por la atmósfera un tufillo a arte clásico, sin trampa ni cartón, voluptuoso y mareante. ¡Canela pura!

Pinchó en bueso, entrando en corto y marcando muy bien el quiebro con la muleta, y vuelta a la finísima labor que tanto nos entusiasma.

Vuelve a pinchar, saliendo rebotado de tanto estrecharse, y acaba con un volapié hasta las uñas, acostándose sobre el morrillo y saliendo de la suerte como un señor catedrático.

El noble bruto rodó sin puntilla y la multitud aclamó al de Madrid con verdadero delirio. ¡Si, señor. Todo muy merecido, porque la muerte dada a este toro no la mejoraría nadie. ¡Ni el papa Ricardo II, ni todo el Colegio de Cardenales!»

¡Los que presenciamos aquella faena, parando, templando y mandando, nos sonreímos un poco cuando oímos decir muy formalmente que hasta que no llegó Belmonte no se había toreado nunca de aquella manera!

De justicia es decir que Regaterín, el otro madrileño, también estuvo superior. Banderillaron un toro excelentemente, compitieron en quites y al final de la jornada salieron en triunfo, exclamando los aficionados: «¡Viva Madrid, que es mi pueblo!»

Mosquera, también entusiasmado, volvió a presentar a los madrileños el día de San Pedro, 29 de junio, con morlacos de Surga, llenándose otra vez el circo; pero en esta corrida cambiaron los aires por las condiciones del ganado, y sin que bajara el cartel de los «gatós coletudos», el público no salió satisfecho, cumpliéndose el adagio de que nunca segundas partes fueron buenas.

Volviendo a la trayectoria taurómaca de Vicente en el año de que se trata, en Valencia ya había actuado el 24 de mayo con Corchaño y Bienvenida, lidiando toros de Santa Coloma, Plaza a la que volvió el 6 de junio con Martín Vázquez y Bombita III, estoqueando reses de Moreno Santa María.

El expresado Martín Vázquez y Gaona le acompañaron en San Sebastián el 22 de agosto en la lidia de seis toros del último citado ganadero; el 31 alternó en Valdepeñas con Regaterín y Julio Gómez, Relampaguito, astados de Castellones, tomando parte con Ricardo, Bombita, y Cocherito en las dos corridas de la feria de Salamanca celebradas el 13 y 14 de septiembre, con Veraguas en la primera y miureños en la segunda.

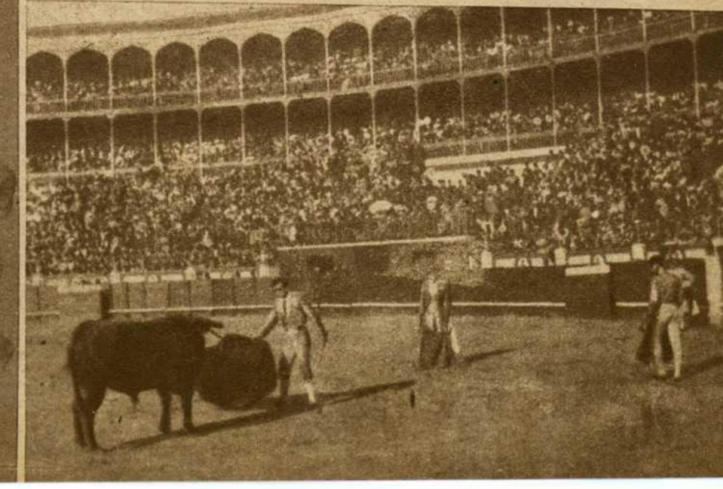
Las dos últimas corridas del 1909 las toreó en Madrid el 19 del referido septiembre, como ya he dicho, y el 3 de octubre reses de Olea con Regaterín y Gaona.

Mató, por consiguiente, en todas las corridas consignadas, 89 toros, y quedó situado para el 1910 en un lugar envidiable, siendo este año, como ya verá el lector, el de su definitiva consagración.

Don Vicente Pastor en la actualidad atraído por un libro taurino



Vicente Pastor iniciando una faena con la derecha para más tarde ajustarse con la res y dominarla





Los monosabios y el origen de su nombre

De la cantera de los "monos" han salido cinco matadores de toros, varios banderilleros y numerosos picadores

Por AGUSTIN ALVAREZ TORAL

MUCHO se ha fantaseado acerca del origen del remoquete de los mozos de caballos, esos hombres que sin gloria ni provecho se juegan la vida luchando «cuerpo a cuerpo» con los toros. Diferentes son las versiones que se han dado sobre el motivo que dió lugar a que fueran llamados con el extraño nombre de *monos sabios*. Y lo paradójico es que la mayoría de esos mozos no tienen la menor idea de quién fué Darwin. De todas ellas, la que merece mayores visos de verosimilitud tiene por base una sencilla anécdota, acaecida en Madrid por los años de gracia de mediados del siglo XIX.

Dispongámonos a «degollarla». Vale la pena. Va para una centena de años —1847— existía en Madrid, en el mismo lugar donde hoy se alza el suntuoso Banco del Río de la Plata, un teatro de poca monta que llevaba por nombre el apellido del ilustre autor del «Quijote». El teatro Cervantes —que así se llamaba el modesto templo de Talsa— arrastraba una vida lánguida, y de igual suerte se representaban en él dramas lacrimógenos que funciones de circo; su *tablado* lo mismo crujía bajo el imperio de las zambres flamencas que con los saltos de los gimnastas. Pues bien: un buen día, un señor extranjero, al frente de una cuadrilla

de monos amestrados, hizo en el Cervantes las delicias de chicos y grandes con una sarta de raras habilidades. Su actuación gustó muchísimo al respetable, y la señorita Batavia, Salerito, Gobernador y Cocinero cosecharon abundantes laureles. Por su maestría eran llamados por su propio amo *monos sabios* y casi todos ellos aparecían uniformados con blusa encarnada y pantalón azul. Tal éxito tuvo la «troupe» de monos, que se hicieron popularísimos en Madrid y la empresa del Cervantes hizo un pingüe negocio. Entre el público que asistía a verles hacer monadas acudía asiduamente el empresario de la Plaza de Madrid, Justo Hernández, quien concibi-

bió la idea de uniformar con trajes encarnados y azules a los mozos de caballos del palenque taurino de la Puerta de Alcalá, los cuales se presentaban tan mal vestidos que parecían unos desharrapados. La acerada ironía del pueblo madrileño, muy dado a bautizar con remoquetes a todo bicho viviente, encontró en ello un excelente motivo para *soltarse el pelo* y dar rienda suelta a su inveterada mordacidad. Y llegó el día en que salieron al redondel los mozos de cuadras luciendo el llamativo estavío de los célebres monos del Cervantes. De pronto, brotó de un tendido una voz brónca y estentórea llamándoles *monos sabios*. Cayó en gracia la cosa y con esa extraordinaria facilidad que prenden los dicterios en las Plazas de toros, la gente se puso a gritar a coro, entre chufas y vayas:

—¡Los monos! ¡Ya están ahí los *monos sabios*!

Y como ya va para un siglo de esto, bien podemos decir que con *monos sabios* se han quedado por los siglos de los siglos.

Son unos magníficos auxiliares de los picadores y su valor se ha puesto a prueba en incontables ocasiones. Son bastantes los que han caído víctimas de sombríos cornalones, y prolijo sería enumerar los percances que han sufrido y los que han evitado al hacerles el quite a cuerpo limpio a picadores y toreros en trances apuradísimos. ¡El quite! La suerte más gallarda, por la que no desaparecerá la fiesta. La más noble, viril y desinteresada, porque en ella un hombre arriesga su vida por salvar la de otro en un momento emocionante, lleno de arte y de humanidad, de valor y desinterés.

Monosabios fueron cinco matadores de toros: Joaquín Rodríguez, Costillares, nada menos que el inventor del volapié; Felipe García Benavente, Juan Sal, Saleri; Fausto Barajas y Gil Tovar; rejoneador Basilio Barajas, hoy contratista de caballos de la Plaza de las Ventas; banderilleros Chatillo de Valencia y Luis Suárez, Magritas; picadores Fernesio, Melones, Marqueti, Botacha, hermanos Hiena y hermanos Barajas, Luis y Fernando Vallejo, sobrinos de Basilio y Fausto. Forman legión los lidiadores que hicieron sus primeras armas taurinas luciendo la blusa encarnada de monosabio y que no llegaron a alcanzar relieve profesional.



de monos amestrados, hizo en el Cervantes las delicias de chicos y grandes con una sarta de raras habilidades. Su actuación gustó muchísimo al respetable, y la señorita Batavia, Salerito, Gobernador y Cocinero cosecharon abundantes laureles. Por su maestría eran llamados por su propio amo *monos sabios* y casi todos ellos aparecían uniformados con blusa encarnada y pantalón azul. Tal éxito tuvo la «troupe» de monos, que se hicieron popularísimos en Madrid y la empresa del Cervantes hizo un pingüe negocio. Entre el público que asistía a verles hacer monadas acudía asiduamente el empresario de la Plaza de Madrid, Justo Hernández, quien concibi-



PEDRO BARRERA habla para EL RUEDO

"En las Plazas de primera categoría, los públicos infunden mayor cantidad de miedo que los toros"

—No sé yo quien lo haga. Y hablando de otro tema, ¿qué es, a su juicio, la más grave enfermedad del torero contemporáneo?

—Sin una vacilación, el torero de Caravaca me responde: El mayor de los defectos actuales proviene del público.

—Hombre! Donosa afirmación, que bien merecé ser usted un poquito más.

—Me refiero a esa terca manía de los públicos exigien siempre, venga o no a cuento, el toro bonito a base parón, sin querer admitir que cada toro tiene su lidia y a todos se les puede aguantar y hacer el lance de la misma manera.

—Y ahora, dígame, Barrera, ¿junto a qué compañeros preferiría torear?

—Como yo siempre me he llevado bien con mis compañeros, me es indiferente actuar junto a éste o aquél. Mirando desde un punto de vista un poco supersticioso, yo preferiría a decirle que siempre que toree con Manolete traigo suerte, pues nunca he dejado de cortar orejas.

—Usted, como buen muletero que es, podrá decirme ¿qué pase es el de su predilección?

—El natural. Este es y será el de más categoría en todas las suertes pueden hacerse con los astados. Ligar una oreja de pases naturales y engarzarlos con el de pecho constituye la más difícil papeleta del toro.

—¿Influye el cambio de estado en el ánimo de los toreros?

—Cuando se está delante del toro, bastante tiene uno que tener en cuenta los dos pitones que se tienen delante. Suele pasar que en las Plazas de categoría se experi-

mente mayor miedo del público que de los toros.

—Entonces, ¿sentirá grandes preocupaciones cuando sale a torear en Madrid?

—Muchísimas, porque de las actuaciones en Madrid depende la marcha ascendente o descendente de la temporada.

—¿Qué suerte cree dominar, y en cuál, por el contrario, se siente menos seguro?

—Mi fuerte es la muleta y mi punto vulnerable la espada. A mí me suele ocurrir que mato pronto, pero la ejecución, ¡para qué voy a negarlo!, no es todo lo brillante que yo quisiera.

—¿En qué Plazas torea con mayor gusto?

—En Madrid, aunque en la última temporada no haya tenido suerte. Una capital donde siempre quedé bien es Granada, y en la que desde el año 40 torcé tres o cuatro corridas por temporada. Otra ciudad donde tuve un gran cartel fué Valencia, pero un día en que no había estado en mi primer toro tan brillante como yo tenía allí por costumbre, la gente empezó a sisearme a la hora del último tercio, y esto me desmoralizó de tal forma, que con sólo dos mantazos y una estocada me quité al bicho de delante.

—Y luego, ¿qué ocurrió?

—Luego, dice usted. Pues... que ya no han vuelto a contratarme.

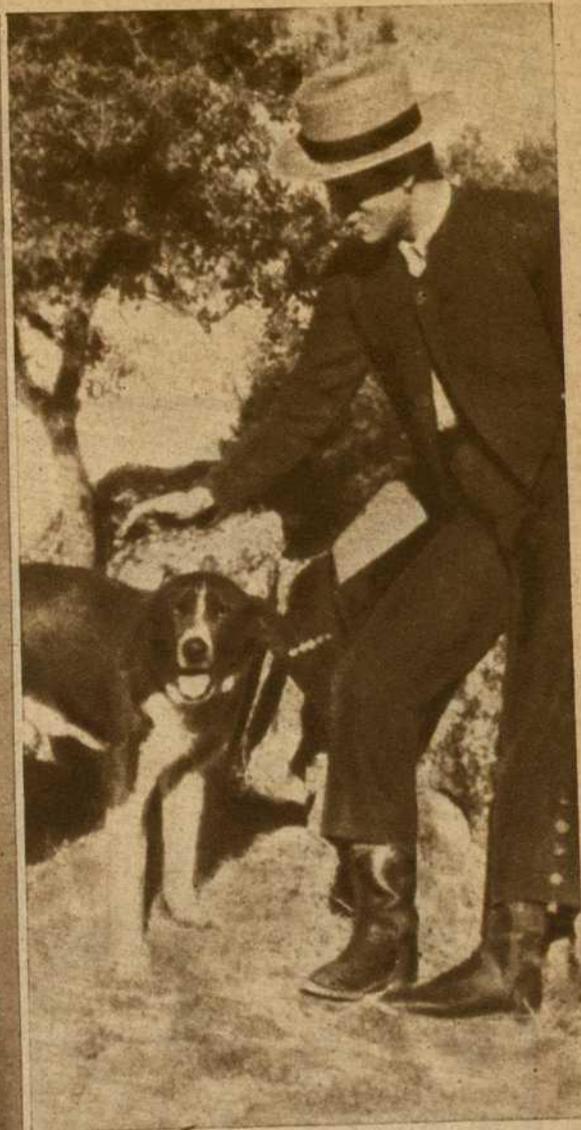
—¿Ha sido usted actor o testigo de algún suceso curioso?

La pregunta que arriba quedó colgando me ha valido para saber que hace dos años, toreando Barrera con el genial Cagancho en Orihuela toros de Moreno Santamaría, Joaquín no dejó de repetir toda la tarde a su compañero: "No te quites de mí, Perico de mi arma, que me va a sobrevenir un disgusto".

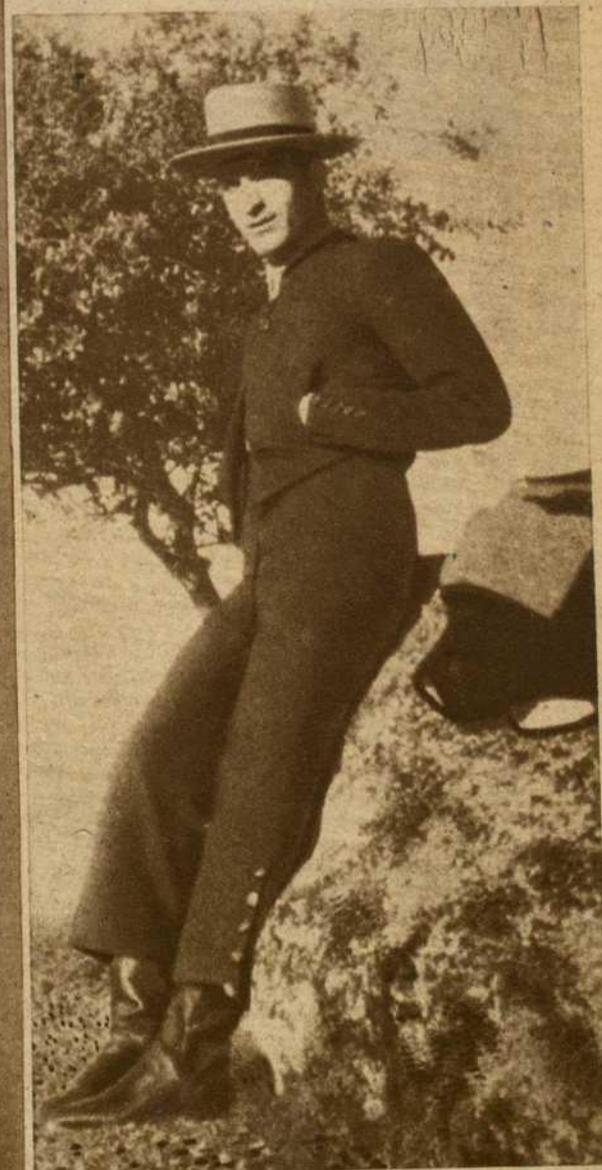
Barrera, muy intrigado y suponiendo que todos los prejuicios eran contra el toro, estaba pronto a hacerle el quite. Y menado quite le hizo, no del toro precisamente, sino del enfurecido mayoral, que al ver la pésima lidia del gitano, una vez muerto el aburrido animal, se tiró al ruedo blandiendo una descomunal estaca, con intenciones nada pacíficas. Cuando el señor Joaquín, ya a buen recaudo de su persiguidor, logró recobrar el aliento, se dirigió a Pedro Barrera para recardarle:

"No te desista que no te apartaras de mí, lo que me ocurriría una desgracia, pues va a ver la que me buscaba ese desaborio..."

F. MENDO



Pedro Barrera acaricia al can, su acompañante en las faenas camperas



Otra actitud característica de Barrera, recogida por Manzano



Barrera, con el ganadero don Pedro Moreno, en la finca donde se entrena el torero de Caravaca.

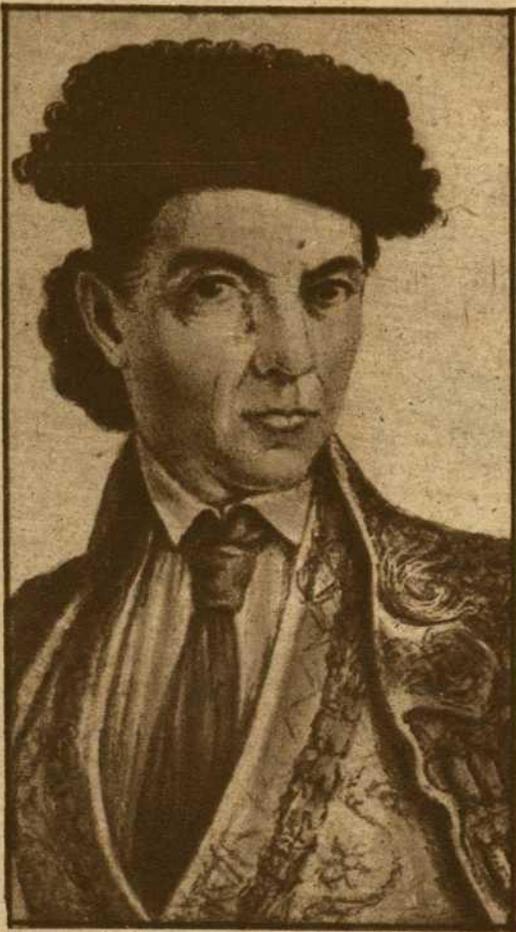


Barrera en su charla para EL RUEDO

TIEMPOS DE PAQUIRO Y EL CHICLANERO

DON FRANCISCO DEL PINO

Por JOSE CARLOS DE LUNA



Don Francisco del Pino

OFRECEMOS a los editores aficionados a ellas la posibilidad de una extensa biografía, mucho más interesante, seguramente, que el noventa por ciento de las que lucen, traducidas de mogollón, en los escaparates de las librerías: caras, encuadradas en tela, inútiles y pesadas.

Allá por el año mil ochocientos cuarenta y tantos —tiempos de Paquiro y el Chiclanero—, taconeaba su empaque grandullón por las calles de Cádiz don Francisco del Pino. Este tipo, de exaltada popularidad, fué mozo de estoques de aquél y compadre de éste. Nació el Viernes de Dolores de 1798, en la "tacita de plata", y desde que en 1813 viera en su Plaza a los afamados Curro Guillén y el Sombrero, se le despertó el amor a la tauromaquia; y ejerciendo el honroso cometido de servir los estoques de oficio a estos y otros diestros, quizá se cuajara torero de verdad si el amor no le aparta, siquiera transitoriamente, de la férula de aquellos maestros, con los que mucho aprendiera si a Cupido no se le antoja sorberle el seso. Con la boda —*in facie ecclesie*— se le entró la fortuna por las puertas; abandonó la ebanistería, a la que se dedicaba en los ratos de ocio, y se matriculó en el alto comercio. A mediados del año 19 vendía sanguijuelas, las más harabrientas de la Península y Ultramar.

Ignoramos por qué se titulaba compadre del Chiclanero, pues no tuvo hijo al que bautizar ni mantuvo en la pila a ningún Chiclanero chico; pero compadres se llamaban, y aunque fuera por chunga, de verdad que lo apreciaba el famoso diestro.

No le fué bien a Pino en el hogar, pero le prosperó el negocio; y a la venta de sanguijuelas se emparejó la de cuarterones, de contrabando y picón para braseros.

Se le voló la pájara, dicen, y comenzó a consolarse de su ausencia en lugares compe-

tantes para el olvido, que tabernas no faltaban en su tierra, y a la vuelta de su portalillo estaba la de la Recova, manantial de consoladora manzanilla sanluqueña y espirituales bocas de la Isla.

Los triunfos de su compadre le removieron la sangre torera, borrándole instintos comerciales. No podía atender el negocio que le daba el pan sino abandonando el pedestal que le iba labrando la socarronería de sus concurdáneos, y adoptó un término medio: reducir las especies al tabaquillo entrefino en cuarterones de a real y aceptar de dependiente a un mono tetuaní, grande y rabón, fiel y sobrio, que, simplificada la venta, le fué fácil acostumbrarse al toma y daca tras una semana de lecciones entre estacazos y cacahués. Monedita de real al cajón y cuarterón de picadura sobre el mostradorcillo. Dejémos al mono, que, con gafas verdes, camiseta a rayas y gorrito a la turca, parecía un hombre, y al que su fidelidad de mono costó la vida, y volvamos a don Francisco del Pino, cuyos entusiasmos taurinos, reverdecidos en eternas vagancias y alentados por la socarronería de amigos y convecinos, desembarcaron en el pintoresco profesionalismo que le hizo célebre. Y consta que no tuvo poca parte en que así fuera su propio compadre.

Culminó su gloria en la vieja Placita gaditana, cara a la mar, por el lado que mira a la bahía anchurrosa.

En el año de 1852 se imprimió en Cádiz, en la imprenta y litografía de la "Revista Médica", a cargo de don Juan Bautista de Gaona, sita en la plaza de la Constitución, número 11, una pequeña y extractada biografía de don Francisco del Pino, escrita por uno de sus numerosísimos admiradores. Ante mis ojos la tengo, y dice en su preámbulo: "...Sin Homero, Virgilio y el Tasso, que a un tiempo fueron eminentes poetas, historiadores y biógrafos, no conoceríamos como conocemos los héroes y las proezas que ilustraron a Grecia e Italia en la antigüedad y a la Europa entera en tiempos de las Cruzadas". Pues gracias al chungón gaditano sabemos que en la tarde del 17 de agosto de 1845 se arrancó don Francisco del Pino, decidido a matar dos toros en la Plaza gaditana; dando principio a su vida pública con años para no meterse ya en camisa de once varas. Y atándose los machos, cascabeleando ya a la puerta de su portalillo el jaco de la calesa que había de transportarlo a la Plaza, le llegó el consejo de su compadre, o mejor, sus instrucciones: "Compadre: para que mate usted los dos burós que le tocan, preséntese delante de ellos bien cerca, búsquelos la mediación de la geta y píncheles allí donde pueda...; basta".

Y sirvió a don Francisco del Pino su fresca iluminación, y le bastó aquella decisión que tantos ases envidiarían para salir adelante.

Fué un torero provincial; y medio en broma, medio en serio, llegó su fama hasta Algeciras.

Su vida, atiborrada de anécdotas, necesitaría un libro de trescientas páginas. Una nos interesa hoy no decirla en el tintero: "El Comercio", periódico gaditano, en su número correspondiente al martes 10 de junio de 1851, refiere cómo en la corrida extraordinaria celebrada el domingo anterior salió un toro flojo en varas y mansurrón en todo lo demás.

El público lo tomó a gusa, porque además era chico y esmirriado, y por seguirla, la emprendió con don Francisco del Pino, que ya en el apogeo de su gloria y comiendo avellanas estaba entre el público, para que se arrojara al ruedo y lo matara, ante la repulsa que patentizaban los diestros —igual que hoy!—; y así dio el revisterio de aquel periódico gaditano

(Va hablando del toro.)

Su alegría el pueblo nota
y pide, por si es de vino,
salga a ver si lo acogota
mi insigne compatriota,
señor don Francisco Pino.

Pero éste, con gran talento,
no tuvo de lucir ganas
y se retiró al momento,
dejándose en el asiento
un pañolón de avellanas.

Eran de enojo encendidos
sus pómulos, remolachas;
y al salir de los tendidos
decía: "Ruegos perdidos...
yo no mato cucarachas".

Tan cierta fué la cosa, y a tanta altura quedó su dignidad profesional, que del acontecimiento surgió la idea de que abriera una escuela de tauromaquia. ¡Y la abrió!

Ya no vivía el mono, que seguramente se hubiera encargado de atenderla, como a la tienda, y don Francisco pechó con las lecciones... ¡y tuvo alumnos!

Fueron los más aprovechados:

Antonio Romero, el Pastor, del Puerto de Santamaría.

José Pontrimoli, Pichirín, del barrio gaditano de los Corrales.

Antonio Duarte, Cucharillo, de Chiclana.

Antonio Jiménez, el Troni, de Cádiz.

Antonio Fernández, el Momito, de Chiclana. El Curro, de Cádiz.

Francisco Ortega, el Cuquito, de Cádiz.

Juan Fera, Linchachi, de Algar.

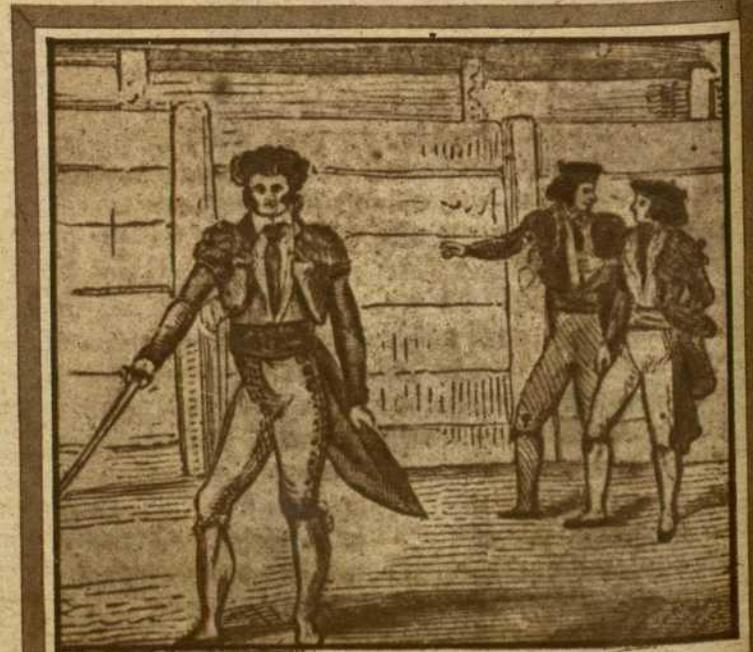
Todo trabajaron en las Plazas de Méjico y Lima, y si allí llevaron las enseñanzas de don Francisco del Pino, hay que convenir que cimentaron algo muy serio y digno de consideración.

Así lo describe el revistero cuando su debut:

¡Visteis un hombre vendado,
jugando a ciega gallina,
que vacilante camina,
y aquellos que le han cegado,
si lo ven aproximado
a estrellarse contra un chino,
gritar "¡rijendo!",... ¡¡tocino!!
Pues así comenzó el juego,
y dicho se está que el ciego
era don Francisco Pino.

Total: que se negó a matar cucarachas y que a ciegas se iba al toro. Que, entre chufas, enseñó, cuando menos, dignidad profesional, y que supo inculcársela hasta al mono que adiestró para dependiente.

¡Pobre don Francisco del Pino! Si antaño dió mucho que reír, hogaño no deja poco que pensar.





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

El hermano de MACHAQUITO



Es el de la izquierda; pero casi resulta innecesaria esta aclaración porque se le ve en la cara. No por su parecido físico indudable, sino por esa ternura que hay en su mirada, que envuelve al hermano como si lo acunase.

Es más que sabido el enorme cariño que José profesaba a Rafael. Unido al matador como puntillero, iba y venía con él de una Plaza a otra, sufriendo en cada corrida, en cada viaje del toro, en cada perfilarse a matar de aquel gran estoqueador. Y tanto es así, que José tenía que volver la cabeza para no ver a su hermano en el último momento de la faena, porque el corazón se le salía por la boca. Para él no había costumbre, y lo mismo en la primera que en la última, aquel oscuro puntillero seguía con loca ansiedad los incidentes de la corrida. Y sus pulsos latían con frenesí cuando Machaco se abría de capa y galopaban en las banderillas y se desbocaban en la faena de muleta, para terminar nublándosele la vista a la hora de la suerte suprema.

¡Era mucho el amor de José!

Por eso, ahora que lo tiene en casa, resucitado, como quien dice, de una cogida mortal, más niño, pues anda convaleciente y necesita de los cuidados de él, este hombre se siente atiborrado de felicidad, y al soltar al aire el fotógrafo su fogonazo de magnesio, el bueno de José no ha podido reprimir esta tierna mirada de padre, de madre y de hermano a la vez.

El le ha hecho el quite a la muerte, pues en la locura de su cariño, con las uñas y con los dientes, lucha por el hermano, como ya lo hizo en un ruedo y con un toro para sacarle de entre los cuernos de la fiera. Pero ahora está en la tranquilidad del hogar y todo lo olvida,

aunque aun le queda mucho vía crucis que recorrer. Mas como queda larga convalecencia por delante, José no piensa en ello. ¡Está tan lejos! Y a lo mejor no vuelve.

Pero sí. Y no para darte trabajo a ti, que bien poco hubiste de hacer en toda su vida taurina, en la que casi, casi, de cada estocada tumbaba a un toro.

No para darte trabajo material, pero sí para que tu corazón recorra mucho camino en muy poco tiempo atisbando entre barreras y sujetándote para no saltar.

Y menos mal, José, que al final podías desahogarte a cacheterazo limpio sobre aquella testuz que tan inquieto te había tenido, y que después yacía con una estocada en toda la cruz.

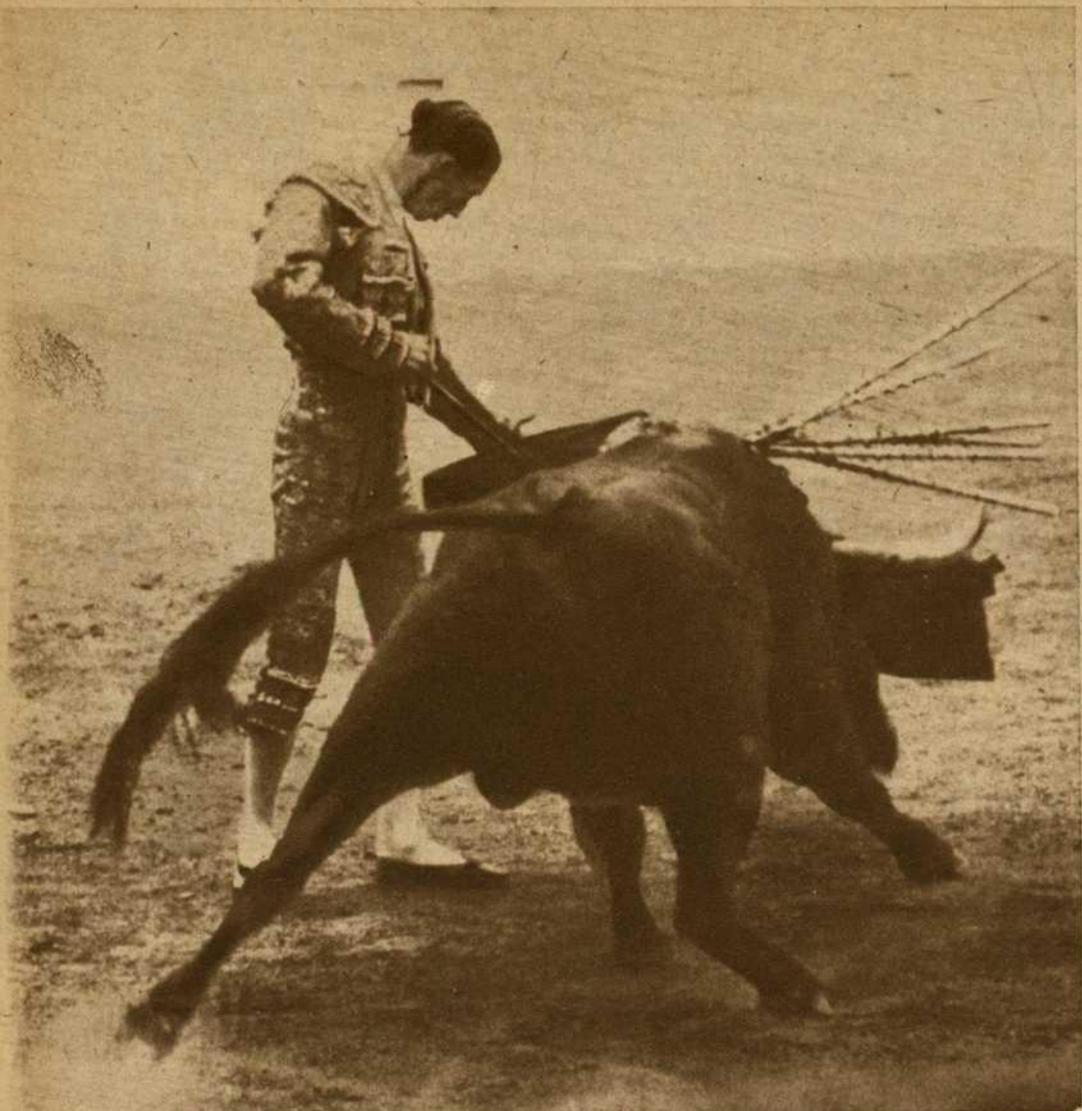
Eso era lo que te salvaba de estallar al final de las corridas. Cuando antes de poder estrechar entre tus brazos al hermano sano y salvo, que, ovacionado por el público, daba la vuelta al anillo como premio a su pundonor y a sus estocadas, soltabas tus nervios sobre los rizos de aquella cabeza muerta, cuyas astas se iban en punta hacia lo alto, y que antes habían buscado la carne de tu carne: la de Rafael.

¿Comprenden ustedes esa mirada de ternura con que quiere arropar a Machaquito? Es que queda mucha paz por delante y muchos cuidados solitarios. ¿Y por qué pensar en el mañana? Los toreros no piensan en eso.

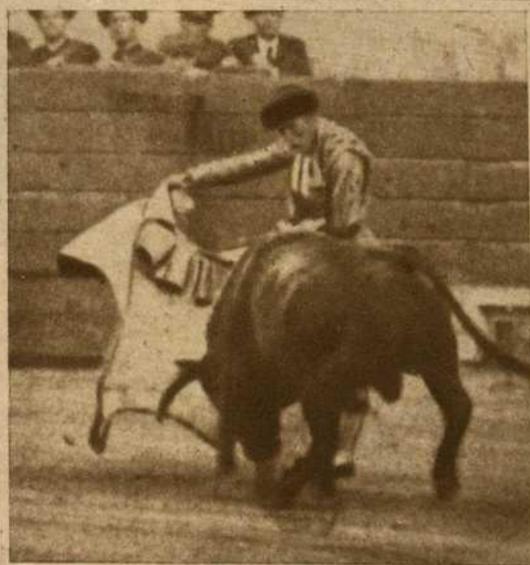
Y cuando llegue, José, el puntillero, sabrá morderse los puños en el callejón y rompérselos después, a cacheterazo limpio, sobre la rizada testuz de la fiera.



MANOLETE Y SILVERIO PEREZ ya han toreado juntos en Madrid



Un natural de Manolete en la novillada celebrada en la destruida Plaza de Tetuán de las Victorias el 1 de mayo de 1935, cuando el maestro cordobés alternó con Silverio Pérez



Un parón del mejicano Silverio Pérez en la novillada que alternó con Manolete

que concurren en dicha corrida.

El día 1.º de mayo de dicho año toreadon en la citada Plaza ocho novillos de los herederos de don Esteban Hernández, que resultaron muy buenos. Liborio Ruiz, Silverio Pérez, Manolete y Varelo chico; y como en toda corrida de ocho toros, alternaron juntos el primero y cuarto espadas del cartel y Silverio y Manolete, que figuraban en el segundo y tercero del programa.

Aquella tarde, Manuel Rodríguez (en algún

cartel figuraba Angel) estuvo discreto con el capote, bastante suelto con la muleta y muy bien con el estoque, pues mató con buen estilo, de dos escudadas, los novillos que le correspondieron. Así lo confirman las fotografías que, como las de Silverio, fueron tomadas en aquella corrida, y cuyos clichés conserva un buen aficionado y amigo. En ella se ve que el cordobés apuntaba el estilo y clase que con el transcurso del tiempo, así como su valor y afición, le han llevado en la actualidad a ser el torero de la época, que indudablemente ha de calificarse época de Manolete.

En vista de su buena actuación, volvieron a torear los dos en la misma Plaza el día 6 del mismo mes y año en unión de Julio chico, novillos de don Ernesto Blanco, causando Manolete en el público la misma impresión que la tarde de su presentación, pues con lo que acusó más soltura fué con la muleta y el estoque.

Después... lo que todos los aficionados sabemos. Acabada nuestra Guerra de Liberación, sus éxitos de novillero le llevaron a la alternativa en el año 1949 en la Plaza de Sevilla, y sucesivos triunfos a la más alta cima de la torería, donde se encuentra actualmente situado por la afición española y seguramente con gran interés esperando la actuación de Silverio en los cosos de España para ver si es cierto que el que un día, hace diez años, fué su compañero de cartel, en plaza modesto, puede rivalizar hoy con él y formar la pareja que, en unión del suyo, dé el nombre a esta época del toreo.

Silverio Pérez hizo su presentación ante el público de Tetuán de las Victorias en la misma corrida que Manolete, con buen éxito, que confirmó en la corrida siguiente, por lo que llegó a actuar en tres novilladas más del mismo mes de mayo y otra en el de junio.

En dichas corridas, y como se aprecia en las fotografías, lució el mejicano la misma escuela de sus paisanos, y que unas veces es a base del parón y otras cargando la suerte. Esto obedece, sin duda alguna, a la influencia que en Méjico han ido dejando los toreros españoles que en las diferentes épocas del toreo allí han actuado y cuyos diversos estilos de torear han sido asimilados por

En vísperas de la anunciada reaparición en los ruedos españoles del mejicano Silverio Pérez, y por consiguiente la posibilidad de que alterne con Manolete, merece recordarse, como curiosidad, que ambas primeras figuras del toreo de Méjico y España alternaron juntas, y casi en un «mano a mano», en el año 1935, en la destruida Plaza de Tetuán de las Victorias, debido a las circunstancias

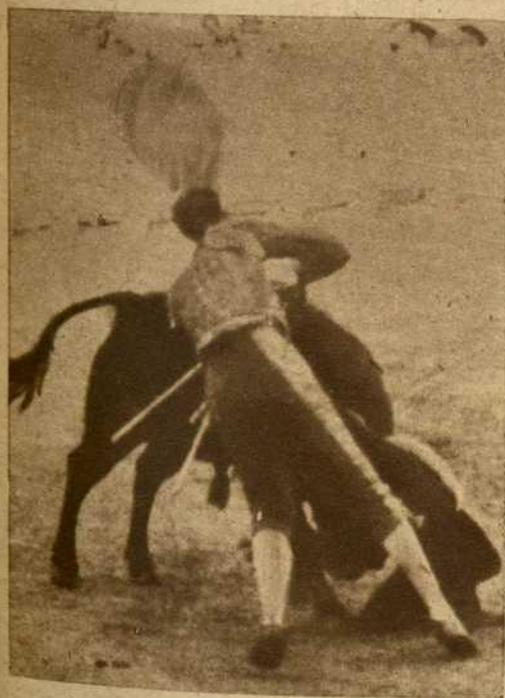


Manolete, en otro muletazo en la misma novillada, y en la que el cordobés dejó apuntar un estilo que más tarde sería en él sello inconfundible

Fué en un casi "mano a mano" en la desaparecida Plaza de Tetuán de las Victorias, el día primero de mayo de 1935. El día 6 del mismo mes y año volvieron a alternar, también en el mismo ruedo



Manolete, que tuvo una actuación destacada, sobre todo al matar, doblándose con el novillo, muy cerca de los pitones



Las crónicas señalaron entonces a Manolete como un fácil estoqueador, y la fotografía ratifica la verdad de las reseñas

los diestros aztecas, todos los cuales practican el toreo mezclando en una misma faena las dos escuelas taurinas. Pero aun cuando varios de ellos —Gaona, Armillita, Garza y Arruza— han actuado en España en gran número de corridas, alternando con las primeras figuras de sus respectivas épocas, ninguno de ellos ha dejado esa «huella taurina» que en dichas escuelas marcaron las que hasta la época de Manolete han sido los auténticos fenómenos del toreo: Juan Belmonte y Joselito.

Después de su actuación en España el año 1935, marchó Silverio a Méjico, en cuya Plaza de El Toreo tomó la alternativa el 11 de diciembre de 1938 de manos de Armillita, y actualmente, según la Prensa de allí, es la figura cumbre, hasta el punto de haber sido erigido un monumento en dicha Plaza de El Toreo para perpetuar su faena con el toro Tanguito. Es curiosa esta costumbre mejicana de colocar placas y monumentos en la Plaza para recordar hazañas taurinas, aunque no debemos adoptar esta costumbre en Madrid, pues como de vez en cuando sale algún Tanguito, es muy probable que dentro de pocos años la afición novel confundiría el Vaticano del Toreo, según frase azteca, con la Necrópolis vecina.

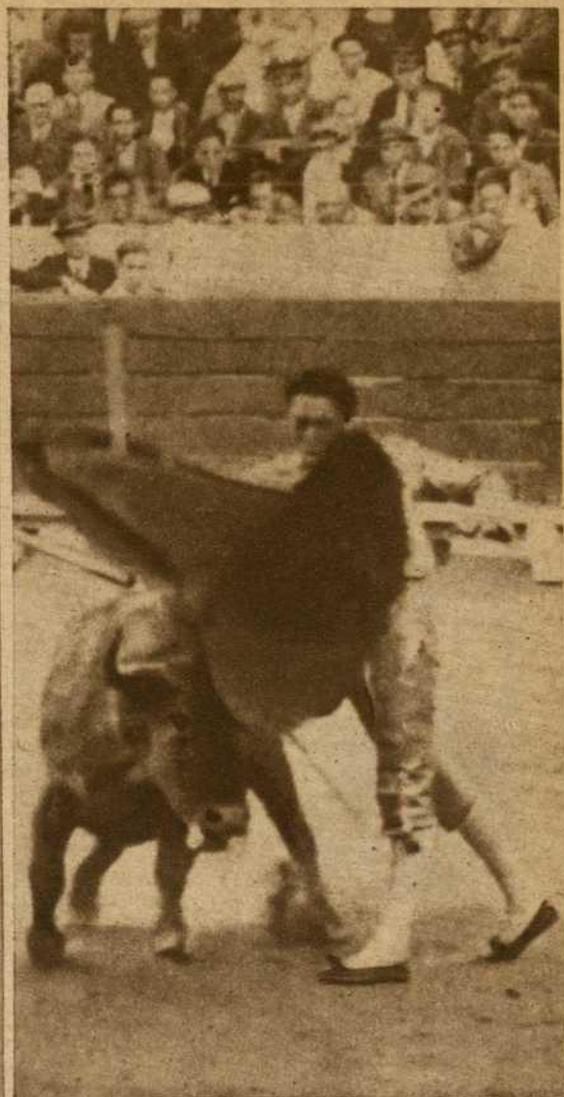
En fin, ya falta poco para que podamos comprobar los aficionados de acá si Silverio Pérez y los

otros diestros mejicanos, desconocidos para nosotros, son de la clase excepcional de que nos hablan los periódicos y representantes. Lo celebraremos los aficionados españoles, pues aparte de constituir una novedad, es muy probable que sus triunfos sirvan de estímulo a nuestras otras grandes figuras del toreo actual, para conseguir, como el monstruo de Córdoba, éxitos clamorosos en casi todas las tardes que actúen y no se limiten a hacerlo una o dos veces en la temporada. Recursos tienen para obtenerlos, lo mismo con Tanguitos que con Bailaores.

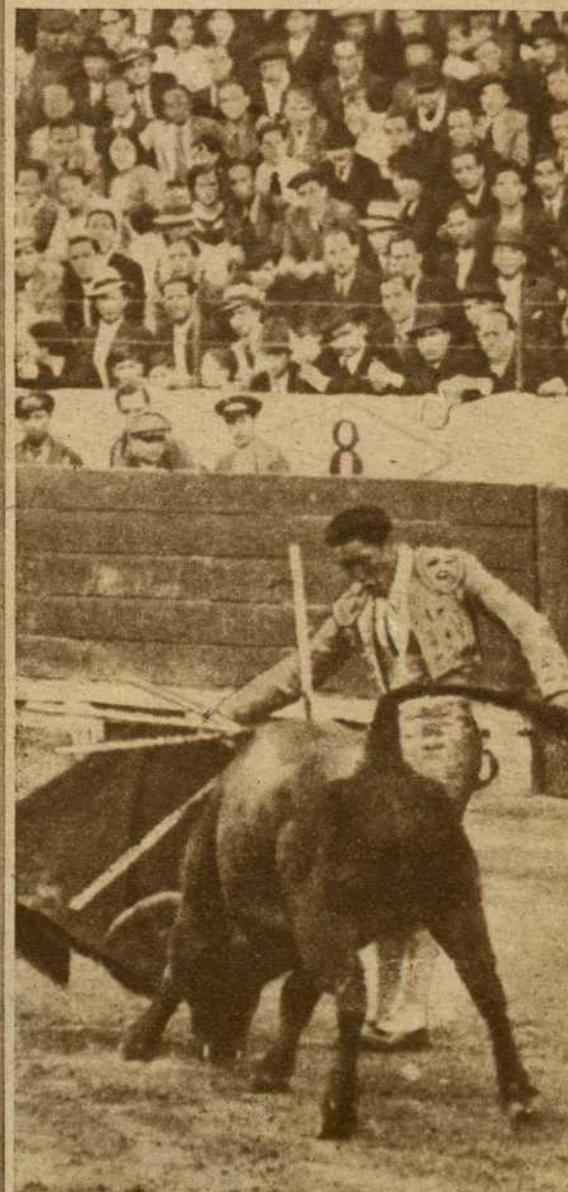
PERLADO



Silverio Pérez ajustándose en un lance de capa



Un muletazo por alto de Silverio Pérez en la novillada celebrada en la Plaza de Tetuán de las Victorias el año 1935



El mejicano Silverio Pérez en un pase con la derecha, la tarde de su presentación en la desaparecida Plaza madrileña. (Fots. Vaquero.)

EL ARTE Y LOS TOROS

"La tauromaquia", los dibujos y las litografías taurinas de Francisco de Goya

Por MARIANO S. DE PALACIOS



CORRE el año 1815, cuando el gran señor de las artes, don Francisco de Goya y Lucientes, lleva a la práctica, con no poco apasionamiento, la ejecución de los cuarenta aguafuertes que componen la mundialmente célebre «Tauromaquia».

Ya es de edad avanzada. Ha nacido Goya en 1746 y tiene a la sazón sesenta y nueve y pico de años cuando con aquella mano que manejara el pincel y los colores elevándole a la cúspide de la celebridad mundial, trazaba los dibujos que en la plancha habían de constituir una de las series más valiosas y españolas de su arte polifacético y complejo trasplantado al aguafuerte.

Láminas en las que reflejándose diversas suertes de la lidia de toros, venían a constituir y a trazar el camino del más puro impresionismo taurino, cuya raíces, cuya fuerza generatriz, arrancando precisamente de Goya, había de dar forma y realidad a un cauce artístico en cuyas aguas, metafóricamente hablando, iban a navegar y poder deslizarse, tan devota y admirativamente, no pocos artistas de años subsiguientes o posteriores.

Porque así como Goya, haciendo honor a un temperamento e inclinación acusadamente revolucionario en cuanto a estética, manera, concepción y pensamiento, creaba una escuela única para el retrato, descubriendo luces y efectos insospechados, tonos de una sutil y acusada pureza y una técnica de sorprendente estilo y maravillosa interpretación, dejó que su pensamiento fantasioso nos diera unas veces dibujos de un impresionante realismo, escenas otras tan abracadabrantes y pesimistas como irreales en su asunto, complemento independiente de esa manera de ver y entender los toros por Goya («La tauromaquia») que era al fin y al cabo reflejo de una manera, procedimiento y estilo de torrear de una época de luminosa y febril algazara populachera y democrática, que no dejaba de estar un tanto ensombrecida por un cielo encapotado por los negros nubarrones de unos hechos y de una política de histórica resonancia.

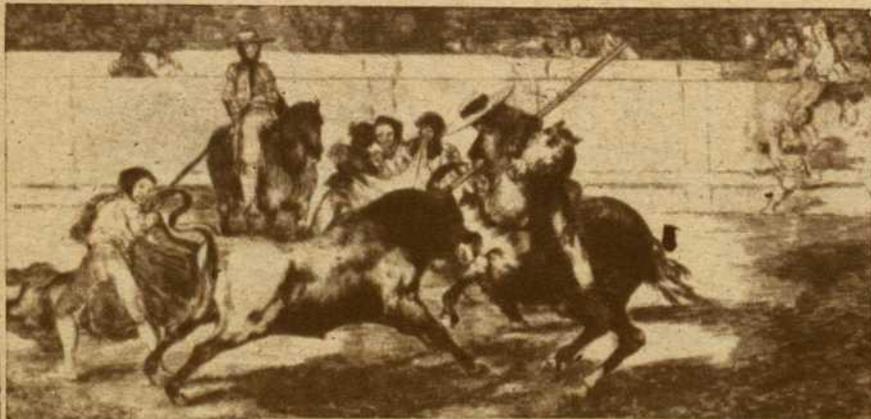
Hay en las láminas lanceos de los diestros más famosos de la época; el vizcaíno Martín Barcaiztegui, Martínchu; Pedro Romero, Pepe-Hillo; el indio Ceballos, el estudiante Falces y hasta la Pajuelera, alteriando con diversos y atrayentes rasgos de valor ante los toros por tan conspicuos personajes como Carlos V y el Cid Campeador. ¡Maravillosa y sorprendente inventiva la de Goya! ¿Quién pudo poner tanta emoción dramática, tanta sensación vital, tan sugestivo encanto y tanto y tan crudo realismo en unos dibujos sobre nuestra fiesta nacional?

Desde la manera de cazar toros a caballo y a pie en el campo por los antiguos españoles, por moros establecidos en España, pasando por las locuras de Martínchu y las faenas del feísimo Ceballos, todas las suertes de la lidia desfilan maravillosa, sugestivamente reflejadas, hasta la desgraciada muerte de Pepe-Hillo, en la Plaza de Madrid, por estos aguafuertes, en los que el ingenio deslumbrante del gran pintor aragonés, con su febril imaginación, dejó no pocas veces un impresionante realismo tan acusado y crudamente expuesto en los «Caprichos», «Proverbios» y «Disparates» o en «Los desastres de la guerra», muchos de ellos de terrorífica, agobiadora y espeluznante visión.

Todo ello marca precisamente el temperamento, el carácter y las reacciones artísticas de Goya, prendido en el encanto disparatado de estas fantasías o elucubraciones, máximo exponente de su genial concepto de la producción.

Mas los temas de toros dominan en Goya. No hay duda que el asunto está en el ambiente, y el pintor, sugestionado por él, por la aceptación que el espectáculo tiene en la masa y por lo fácil y propicio del mismo a producir emoción, busca en ellos, en los toros, el motivo para que su quimérica y alucinante fantasía dé forma a lo que pudiéramos decir «leit-motiv» dominador.

Los dibujos, los aguafuertes, los retratos, las fotografías, son prueba fehaciente de la enorme y valiosa aportación de Goya a la historia —arrancando en sus orígenes— de la fiesta del toro español, que desde entonces, pictóricamente, toma forma plástica en el arte, sobre cuyo tema nos venimos ocupando y que llenaría una inmensa, valiosa e interesantísima pinacoteca, hoy disuelta y extendida en colecciones particulares y salas de los museos españoles, a la que habría que añadir, con los dibujos de la colección Cardenera, esta serie valiosísima de «La tauromaquia» que resume y exalta, compendia y elogia en un panegírico artístico, el valor, la nobleza y el arte de la fiesta de toros, vista por el genio incommensurable del más grande y genuino espíritu español.



«El esforzado Rendón», aguafuerte de Goya, de la colección de «La Tauromaquia»

NUESTRA CONTRAPORTADA

CAYETANO SANZ

Por BARICO



NACIO en Madrid el 7 de agosto de 1821. Su padre murió seis meses antes del nacimiento de Cayetano, y su madre, Regina Pozas, muy joven aun, contrajo segundas nupcias. Por ello Cayetano pasó a vivir con sus abuelos paternos, quienes procuraron darle educación, lo más esmerada posible. Fué a la escuela hasta los diez años; pero no por ello los abuelos creyeron terminada su ilustración, y aunque le hicieron entrar de aprendiz en un taller de zapatería, siguieron cuidándose de la educación del chico. Por entonces el aprendizaje en cualquier oficio era algo muy parecido a la esclavitud, y, naturalmente, no todos los muchachos soportaban pacientemente el trato que les daban sus maestros. Cayetano decidió pronto abandonar el taller, y enterado de que en el Matadero podía adiestrarse en el arte de sortear toros, fué al Matadero y allí practicó diversas suertes del toreo.

Desde 1841 formó en diversas cuadrillas de novilleros que toreaban por pueblos de la provincia de Madrid, y en 1844 mató dos toros de Veragua en la Plaza de Aranjuez. Asistió a la corrida el duque, y en vista de la buena disposición del mozo decidió hacer algo en su ayuda.

El duque de Veragua recomendó al entonces decano de los banderilleros, José Antonio Calderón (el tuerto Capa), que instruyese a Cayetano, y así lo hizo el viejo peón. Verdad es que Sanz aprendió mucho de su maestro; pero lo que ganó en ciencia lo perdió en arrojo.

En 1845 fué ajustado por la Empresa madrileña como banderillero, y en 1846 era ya un excelente peón. En 1847 se contrató como banderillero de novillos, y en 1848 actuó como matador.

En el invierno de 1849, ejercitándose en el Matadero con reses resabías, fué cogido y herido de gravedad en el costado derecho, y aunque había alternado en el coso madrileño con Cúchares y el Salamanca el 12 de septiembre de 1848, se le ofreció la alternativa tan pronto como curó de la herida, alternando con Francisco Arjona Guillén y Julián Casas. En ese mismo año de 1849 fué nuevamente herido de gravedad en el muslo izquierdo en la Plaza de Alicante. Al año siguiente figura ya en los carteles de Madrid con Francisco Montes y José Redondo, y en 1851 ya es considerado como una gran figura, a pesar de su poca decisión al matar.

Cayetano Sanz, que sufrió muchas cogidas, estuvo a punto de ser enganchado por uno de los tres Miuras que se lidiaron la tarde de la cogida mortal de Pepete en Madrid, el 20 de abril de 1862.

Posiblemente fué Cayetano Sanz el primer torero que paró al lanzar de capa. Se cuenta que, en cierta ocasión, un aficionado que presenciaba una corrida en la que actuaba Cayetano, le gritó: «¡Para y repárate, zapat ro!», y Sanz paró y llegó a torrear con el capote como nadie antes que él había torreado.

Cayetano Sanz es el torero de Madrid en los tiempos de Isabel II. Su elegancia es innata. Viste como torero, lleva patillas de «boca de jacha» y coleta. En la pechera de la camisa luce siempre unos riquísimos brillantes. Es alto, proporcionado; el rostro simpático y afable. Es una primera figura en el ruedo y una gran figura fuera de él.

Dieciocho años figuró como matador de temporada en Madrid, y en esta Plaza toreó trececientas veintiséis corridas de toros. Toreó, en sus comienzos, con el Chiclanero; compitió luego con Cúchares, el Tato y el Gordito, y en los diez últimos años de su vida profesional, con Lagartijo y Frascuelo. Se retiró en 1877 y fijó su residencia en Villamantilla (Madrid), pueblo en el que falleció el 21 de septiembre de 1891.

Ya viejo Cayetano Sanz, los vecinos de Villamantilla organizan una fiesta taurina. Compran unos moruchos y contratan a unos lidiadores inexpertos para torrearlos. A poco de comenzar el festejo, un viejecito de patillas blancas, que está de espectador, da consejos, en voz alta, a los torerillos. Los moruchos dan muchos sustos a los lidiadores y el viejecito no calla. Por fin, el primer espada, harto ya de tanto grito, se dirige al viejecito y le dice:

—Oiga usted, tío viejo, ¿por qué en vez de hablar tanto no baja a hacer lo que dice?

La respuesta no se hace esperar.

—¡Aguarda, que ahora voy!

El viejecito baja al ruedo. Lancea al novillo prodigiosamente, y cuando ha demostrado cumplidamente lo que se puede hacer cuando se es artista, devuelve el capote al torerillo, y al tiempo que le pone una mano en el hombro, le dice:

—¡Así es como se torrea!

Cayetano Sanz toreó por última vez en Villamantilla, pueblecito de la provincia de Madrid.



ROMANCE DEL CABALLO TORERO DEL TORO IBERICO A LA VACA CELTA

Por J. E. CASARIEGO

Para el caballero don Alvaro Domecq, el mejor jinete y el mejor torero a la jineta.

Yo tengo un caballo tordo, vinoso tordo y romero, andaluz de pura raza y de plata pura el pelo, negras la crin y la cola, con hilillos de oro viejo, la cabeza acarnerada y de cisne real el cuello.

¡Y qué bien bracea!... ¡Y cómo se me apoya en el hierro!

¡Y cómo replica a gloria con los cascos en el suelo... ¡y galopa, reunido, con la gravedad del péndulo!

Sus herraduras de plata fragua son de los luceros cuando marcha bien marchoso, jaranero...

Sólo al tocarle mi espuela da el cambio de mano, diestro, y me hace la empuñada, la pirueta y hasta el sesgo, con la académica gracia de un "bataor" de flamenco.

¡Yo le puse a la española, y yo entiendo un rato de eso!

Un día, junto al Jarama, al acosar un berrendo —estampa de toro fino, que se bebía los vientos—, ganó, entre todas las jacas, la palma del buen torero.

Y una tarde, con donaire y sin esfuerzo, clavé contigo un rejón —de muerte— a un novillo pastueño: veinte arrobas, cuatro hierbas y dos palmos en los cuernos.

¿Te acuerdas? ¿Cómo ap'audían las hembras de ojazos negros, y cómo te echaban flores y te decían requiebras!

¡Ole, caballo valiente! ¡Caballito pinturero! ¡Ole! ¡Bien "plantao"!...

... Y tú, obediente a mis ayudas, martilleaste con los remos, marchaste de medio lado, hiciste un arco del cuello, y sacudiendo el turpé, diste las gracias... ¡Las diste con un salero!!

¡Mi tordo caballo majo, de señorito campero! ¡Caballo de lidiador! ¡Caballo de caballero!

Tus ancas —¡redondas ancas, de sangre y de terciopelo!— fueron mecedora y trono de una mujer —¡miel y fuego!— que jugó sobre tu grupa a Emperatriz de mi Imperio.

¡Cómo re-lichabas cuando —con su manita en tu pecho— te decía susurrando: —¡Ay, mi caballito bueno!" Y arrimaba su carita —¡divina cara!— a tus bofos.

¡Cómo tú con los ollares venteaba, satisfecho y envanecido!

Pero, ¡ay!... ¡cómo cambiaron los tiempos!

¡Aquel ferrial de Sevilla, aquel campo marismefío, las dehesas sa mantinas, los zajones y el sombrero, las cañas de manzanilla servidas en su cañero en la Venta de Eritaña, el San Antón madrileño, los galgos y los acosos, las juergas y el tentadero!

¡Todo pasó ya a la Historia! ¡Cómo cambiaron los tiempos! Ya, para ti y para mí, se acabaron los rodeos, las garrochas, los rejones... ¡y los requiebras!

¿Verdad, mi caballo tordo, que es muy distinto todo esto?

Paisaje de vacas celtas donde hubo toros ibéricos; en vez de ohato y cortijo,

sidra, maizales, huertos, caserones blasonados y antiguos bosques inmensos, donde el derribo es... ¡de osos!! y el acoso... ¡de rebecos!!; donde en la Santa Compañía llevan sus luces los muertos.

Por esos campos tan verdes de las Asturias de Oviedo —nostalgia de sol y viñas—, vamos de Luarca a Tineo; bordeas con tu galope las floristas de Muniellos, la sierra de Serrantina, las faldas de Leitiriego, y nos vuelven a la costa las arillitas del Eo...

Y paramos en las ventas, que le brindan al viajero, sobre olorosos manteles de lino —lienza moreno—, la fresca sidra dorada o el vino de Toro añejo, el pernil de jabalí o el corzo en cocina seco, con las truchas del Narcea, las natas de tierno queso y ruborosas manzanas como mejillas o senos.

Alternamos, campechanos, con tratantes y arrieros, rollizas mozas de aldea, cazadores e hidalguillos, que charlan de montería, de ferias, talas y precios, o de la osa que han visto por el monte con su aseño, o de quién ganó en Trevias en concurso ganadero.

¿Verdad, mi caballo tordo, que es muy distinto todo esto?

Ya no acechan tus ijares negros novillos siniestros; ya no llevas a tu grupa la mujer de miel y fuego que me trajo loco un día; ya en las fiestas del encierro, bajo un dosel de mantones, no hay hembras que pidan celos...

Pero dime muy bajito: ¿Te aburres? ¿Estás contenta?

¡Mi tordo caballo majo, de señorito campero! ¡Caballo de cazador! ¡Caballo de soariego!



APERITIVO DE TEMPORADA

Un rejoneador inédito y un joven matador "despachan" dos bravas vaquillas en la Plaza de las Ventas

PEPE BIENVENIDA torea con gafas negras
Unos capotazos del último vástago del Papa Negro



El joven rejoneador José Moreno Martín

Ni siquiera se trataba de un festival. Cuando llegué a la Plaza de las Ventas del brazo del fotógrafo Paco Mari, con la renovada ilusión que nos lleva a los aficionados a los espectáculos taurinos, apenas cincuenta personas se perdían, como salpicaduras, en el amplio graderío de sol que inundaba los tendidos del 3 al 7. Unos cuantos, tozudos de sus puestos privilegiados, se repartían las barras de sombra. En el ruedo, a un jovencísimo rejoneador le calzan las espuelas, y a Pepe, Ángel Luis y Juan Bienvenida les entregan capotes de brega.

Lo que sea está a punto de empezar. El joven re-



Ángel Luis Bienvenida en un pase con la izquierda

joneador, bisnieto de un famoso diestro —Cordito— y nieto de un no menos famoso ganadero —don Anastasio Martín—, caracolea ya por el albero, jinete sobre el famoso Armillita, que un día *rifó* Simão da Veiga; Pepe Bienvenida, trasladado de la terraza de un café al ruedo, está apostado, capote al brazo, a un extremo del burladero del nueve; Ángel Luis y Juan Bienvenida ocupan los del uno, y la primera vaquilla irrumpe, furiosa, en la arena.

Escarba, mira, olfatea, levanta perpleja la cabeza al ciclo resplandeciente de sol, y cuando parece encandilada, divisa al toro Armillita, tan guapamente montado por el joven rejoneador, y se arranca con impetu fiero contra sus amplias nalgas, que se enarcan en un corto galope burlador.

La vaquilla paga cara su audacia, recibiendo en lo más alto de su estrecho morrillo la agria pinchadura de tres rejones de lujo. Pero como el dolor no la arredra, persigue impávida a Armillita por el amplio circo, hasta que tres magníficos pares de banderillas aumentan el adorno de su alto lomo.

El joven rejoneador —bisnieto de un famoso diestro y nieto de un famoso ganadero—, orgulloso de sus hazañas, que la reducida concurrencia aplaude con resonancia multitudinaria, coge un rejón de muerte y lo clava en lo alto; pero la vaquilla es dura, pide pelea y no cae.

Es entonces cuando Ángel Luis sale con su muletilla, retirado el joven caballero, y realiza esa faena —«guión», «normas», «estilos»— que uno quisiera ver siempre: la izquierda prodiga en pases naturales y de pecho y la derecha en redondos, moñetes, manoletinas y adornos genialmente improvisados. Y a la postre, citar para recibir... y ¡precibir!, dejando el estoque en lo más alto de la brava vaquilla, que, tambaleante, humillada, hunde el hocico en la arena al golpe de un certero descabello.

La otra vaquilla, aunque brava, es muy distinta. Está toreada, toreadísima, y sabe más que Lagartijo, Guerrita, Joselito y Manolete. El rejoneador desafia valerosamente; Pepe Bienvenida, con sus gafas negras, le impone el duro yugo de su capote y la hace doblar; Ángel Luis consigue otro tanto, y Juanito —«junior de los Bienvidas»— manda y temple la avisada bestezuela.

Se piensa en volverla a los corrales para apuntillarla; pero Ángel Luis exclama: «¿Para qué? ¡Si estamos en casa!» Y otra vez, muleta y estoque en ristre, se va a la vaquilla, la dobla, la aborma, la cuadra —lidia— y la mata de una corta entrando rápido, como era preciso.

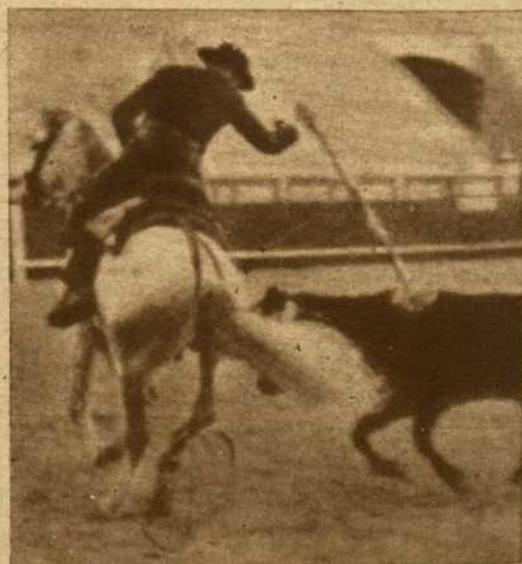
Y eso fué todo, todo lo que vimos con la renovada ilusión de aficionados las cincuenta personas que estuvimos el viernes último en la Plaza de las Ventas. —JULIO FUERTES



Los matadores Pepe Bienvenida, Ángel Luis, Juanito y José Moreno Martín



Pepe Bienvenida durante la lidia, aperitivo de temporada



Un buen rejón de Moreno Martín



Toreros célebres: Cayetano Sanz.

Impreso en España por la Editorial Espasa Calpe, S.A. - Madrid - 1950